

La marmota Clementina y sus raíces rojas.

Sagrario Melina Loyo Mancilla

La mujer que no podía llorar (o del cliché de quien escribe porque no ha dormido).

Al escribir estas líneas, tomo conciencia de las semejanzas que sostenemos los seres humanos entre nosotros. Me explico: este momento, mi momento, es un periodo de reconstrucción. Sí, como el ave Fénix, como el lugar común en donde todo cae, de vez en vez, PERO decides tomar acción no para escribir algo, sino para reescribirte tú. Entonces, volviendo a la pregunta... estoy tomando acciones concretas para dejarme atrás y dar paso a la versión de mi persona dispuesta a cometer ooooooootro tipo de errores. Ya aprendí de los más importantes, que son los que me hacen sentir ignorada, lastimada, abandonada, los que me hacen olvidarme. Y eso, creo, es lo peor que te puede pasar: olvidar quién eres.

Estoy en un punto lluvioso con olor a letras mojadas. En lo literal y en lo metafísico. Hacía semanas, si no es que meses, en los que no llovía en este sitio desértico y arenoso en su nombre. Estas gotas que caen sustituyen al llanto. Lo sé. Otro lugar común. Y no es canción de Juan Gabriel. En defensa del cliché diré que hace meses que no lloro a tiempo. No lloro en el momento en que necesito llorar. Es un destiempo no voluntario, no de manera consciente. No sé qué pasa. Sí he llorado con una escena triste de una película, o al ver a un perro abandonado en la calle, o cuando accidentalmente me golpeo el dedo pequeño de cualquiera de mis pies. Lloro por cosas que se supone que se debe de llorar, o por las que otras personas también lloran. Y, otro cliché, entonces lloro por todo lo que no había podido.

Y por lo anterior, también escribo. Escribo porque ya no sé llorar. ¿Y realmente quiero llorar? Pues... ¡sí! Quiero que mi llanto sea puntual como el instante que lo invoca. A veces me canso de curar, a través de la escritura, la herida fundamental de la que habla Alejandra Pizarnik. O las heridas

fundamentales. Como todos. Somos lastimados porque es una de las consecuencias de vivir.

En resumen: mi punto de partida es hoy, un día de junio del 2019, que por algún motivo es tan semejante a otros días de junio pero de otros años.

Mi nombre siempre fue mi nombre porque mi nombre es poder.

Preámbulo-pretexo... no me considero feminista. Ni machista. No es mi intención crear polémica. Pero es necesario aclararlo porque, a pesar de ello, tengo que decir que el primer hombre de mi vida, mi padre, tuvo un efecto poderoso e impactante en mi nombre. Soy de la opinión que el nombre es identidad, es poder, y elegir el nombre a la sangre de tu sangre, a aquello que es vida más allá de tu vida, es una responsabilidad muy grande. En otras palabras, mi padre eligió mi nombre: Sagrario Melina.

Mi nombre es la composición de un algo que santificado (Sagrario) con algo oscuro y dulce (Melina). Y gracias a Dios, no soy atea. Pero creo que aún siéndolo, me resultaría imposible desprenderme de un nombre tan bello. ¿Puede caber en un pensamiento el poder de mi nombre? He de confesar que en mi niñez no me gustaba el nombre, el primero, porque no lo comprendía del todo, era una pibe de cinco años (me gusta la palabra pibe). Porque en ese entonces, me apenaba que Sagrario terminara en o porque, quizás el modo de crianza influyó, asociaba la o con lo masculino y yo no quería sentirme niño... Sí, lo inocente y ridículo que a veces puede ser el pensamiento infantil. Además (y esto sí es culpa del adulto que no lee con atención), fueron múltiples ocasiones en que en vez de decirme Sagrario, me decían Sergio. Y creo que podemos estar de acuerdo en que entre ambas palabras, a pesar de que las letras inicial y final sean la misma, hay bastante diferencia. Sí, también lo sé, lo idiota que puede ser la lectura ajena. Por ello, en mi infancia, procuraba no utilizar mi primer nombre.

Llegó la salvación del arte en forma de teatro. Cuando me integré a una compañía de esa índole, ese primer nombre se convirtió en mi nombre artístico. Y entonces lo entendí. El sagrario en una iglesia guarda-protege, lo más sagrado en el ritual católico, sobre todo en el catolicismo ortodoxo (tradicional). El catolicismo moderno (después del Segundo Concilio de El Vaticano), ya no adopta misas en latín de espalda al pueblo, pero conserva el sagrario. Soy una creyente, tal vez no tan fiel como quisiera, de Cristo. Por crianza y por convicción. Y la santidad que

creo guarda mi nombre se relaciona con mi misión del mundo, con mi manera de interpretarlo, con el hecho de no concebir malicia en los demás hasta que se presente la herida, a mi habilidad de dialogar con los niños (en edad y en pensamiento), a mi sensibilidad ante lo absurdo y lo real, al manantial de mis versos, al poder de mi intuición, al asumir la responsabilidad de vivir (permaneciendo o huyendo), a la capacidad de ver lo que merezco y a dónde pertenezco. Y a la certeza de nunca perder todo aquello.

Melina... ha vuelto Melina. Es el nombre de una canción de Camilo Sesto y en honor de Melina Merkoúri, una activista social, cantante y actriz, exiliada y reencontrada. Mi vida es un eterno reencuentro santificado. ¿Coincidencias? La verdad, no creo en ello. Nació en el mismo mes que yo nací (octubre). La canción habla de una mujer que es fuego de amor, luz del sol, volcán y tierra y que por donde pasa deja huella; que nació para querer y cuya huella de canto echa raíces (paráfrasis). Y las muchas veces en que me pierdo, esta canción me recuerda que siempre volveré a mí.

Sagrario Melina es como el nombre de mis ancestros. Me pertenecen pero también tengo otros tantos apelativos adoptados de la vida. Tengo nombres de raíces rojas, nombres de nostalgia (una nostalgia tipo eterna-noche-lluviosa-melancólicamente-hermosa); otros nombres que me han tratado de imponer, nombres limitantes, diagnósticos, juicios, definiciones ignorantes (esos los desconozco pero alguna vez me los creí). Nombres de los que no me he apropiado, como quisiera, como Lilith, como Eva. Pero lucho. Tengo nombres de canciones tristes. Porque tomo lo que me haga falta.

Todos mis nombres no caben en un acta, ni todos los nombres alcanzan a definirme. No soy Dios, pero me parezco en esto: también tengo más de 108 nombres, y los que se acumulen. Mi nombre no soy yo, pero me pertenece, porque mi nombre es poder.

Geografía de un espíritu.

Yo soy una selva de múltiples imágenes. Con árboles cuyos frutos están cargados de azúcar, aun cuando fueron regados por lágrimas en la tierra. Y como selva, soy salvaje y colorida.

Yo soy un desierto, como el lugar en donde vivo. Un día un viajero también cayó en su pequeño avión descompuesto y me pidió que dibujara un cordero. Pero no pude, esa historia es vieja. Escribí un poema, y luego otro, y luego otro, y el desierto empezó a llenarse de versos que se arrastraban por la arena, de días cálidos y noches exageradamente finas. Pero el cielo de mis ideas siempre tiene pensamientos brillantes, como las estrellas.

Yo soy una tundra inhabitable. Son pocos viajeros los que se atreven a visitarme. Pero los que lo intentan y lo logran me dicen que hay una cabaña en mi corazón donde se respira paz. A veces lo creo. Pero casi siempre me percibo lejana y extrema.

Yo soy un bosque, a la mitad de la nada. En mí está la lluvia nostálgica que me orilla a escribir. Son mis recursos internos. Soy mi lugar especial de escape ante un entorno exageradamente hostil. Y es aquí donde me defino y me deshago, donde me desdigo y contradigo, donde me recargo y me acompaño.

He aprendido a ser más creyente de mi mundo interior que del externo. Y quizás en estos momentos encuentro dificultades para describir lo que siento que soy (que es una pregunta difícil, siempre, porque en el preciso instante en que se está definiendo, la idea desaparece y con la idea, ese “yo” por escrito), pero hay algo que no se me dificulta plantear: lo que NO soy.

No soy un ente que busque guerra, soy un ente que se defiende, quizás como los demás. Quizás es mi ego, en el cual trabajo, lo que me hace sentir tan diferente y menos semejante. Pero es inevitable. No hay día que no enfrente el juicio por mis decisiones, cuyas consecuencias me impactan solamente a mí. Mi decisión de imprimir significados en la piel; mi decisión de no seguir en un matrimonio donde más que compañera, me sentía madre; mi decisión de intentar envejecer con el reflejo de los años en mis cabellos blancos y las arrugas en mis ojos; mi decisión de adquirir deudas que ya estoy pagando o pagaré; mi decisión

de no quedarme con los amores que me reprenden y me cohíben, que me aíslen y, paradójicamente, busquen definirme. No soy un monstruo, aunque a veces me sienta como tal. Y si lo soy, no busco la afrenta ni el daño consciente (puedo lastimar pero no es, lo juro, con intención de hacerlo).

Y entre lo que soy y no soy, descubro mi principal temor: el no saber aprovechar todos mis recursos, mis dones (que ahora tengo más presentes), para el alcance de mis sueños. Hay tanta maleza afuera, disfrazada de gente. Hay tanta envidia. Para mí es cierta la frase de que el precio de la libertad es la soledad. Y ese es otro temor: sentirme sola por no valorar mi propia compañía. Confesión breve: estoy escribiendo un poema que se titula 97%. En él hablo de que la mayoría del tiempo (si pudiera contar los momentos de mi vida y definirlos como cien), en noventa y siete de esos momentos me siento contenta con lo que soy y como estoy, podría decirse que estoy en paz y eso para mí es la felicidad. Pero está ese tres por ciento que cede un poco a la presión de este insensible mundo, de un entorno cobarde que se niega a sí mismo y se avergüenza de sus propias emociones, así que ataca a este cúmulo de selva, desierto, bosque y tundra que sólo busca la libertad de ser sin perjudicar a los demás, a esta niña poeta. Me da miedo traicionarme y perderme en definiciones ajenas. Porque lo que el resto del mundo tenga que decir de mí, habla más de ese mundo que de mí. Y lucho con fuerza para proteger mi mundo lúdico, porque realmente es un lugar especial y valiente.

Espero que, mediante mis acciones e inacciones, logre defender mi mundo desde la luz y la ecuanimidad, aunque soy de la idea que hay ciertas batallas que se ganan evitando el conflicto, pero otras en las que el conflicto es inevitable y, en esos momentos, preferiría destruir al oponente que destruirme. Y reconocer lo que no depende de mí, poniendo toda mi pasión en lo que sí me corresponde.

Mi mundo es Melinita, el espejo en el que a veces me cuesta voltear a ver.

Entre melodías y armonías... dos manos queriendo escribir mi propia canción.

Reacomodo de invisibilidades. Frases que desearía tatuar sin que fueran evidentes. Aprendizajes. En la escritura existe una diferencia entre el decir y el mostrar. Una cosa es haber permitido el ser manipulada, ilusionada, humillada y abandonada. Asumo mis decisiones, cabe decir, estoy de acuerdo con la premisa de que uno enseña a los demás a cómo tratarte (hasta que un día te dices: basta). Y otra cosa es hablar de insomnios, de voluntades, de poesía... Homeopatía disfuncional: provocarte un dolor para evadir otro. Otra confesión: temo que estas líneas y las correspondientes a los ejercicios posteriores se lean sapienciales, como si fueran recomendaciones en el arte del buen vivir. Pero estos desahogos, estos ejercicios intelectuales y emocionales, son una receta personal, un camino propio. Aunque varias de las siguientes frases son ideas expresadas de múltiples maneras a lo largo de la historia. Diré las frases e intentaré mostrar su impacto en mi vida.

Los conflictos de la humanidad son básicamente los mismos; sin embargo, su expresión artística es variable. Están las ideas del amor, la muerte, la soledad, la lucha del ego y “contra” el ego, etcétera. Situaciones típicas que cada uno experimenta de acuerdo a sus propios recursos en ese preciso momento.

La mayoría de mis frases sanadoras provienen de canciones. Concibo mi existencia como un resumen de todas ellas. Este ejercicio corre el riesgo de concebirse más como una respuesta con redacción académica, pero es la manera en la que se está gestando. Al escribir esto, confieso de nuevo, justamente estoy en proceso de recuperación de una herida muy profunda, por lo que aunque pudiera escribir volúmenes de frases que son parte de mi definición, me enfoco las que me ayudan a reconstruirme en estos momentos.

1. “Cuando se equivoque, cuando con sus limitaciones se choque y la sofoquen, ella asume los errores y se incorpora, la nena de eso aprende, la

... nena no llora...”. Es de una canción de El Cuarteto de Nos. No estoy totalmente de acuerdo en concebir el llanto como algo a evitar. Pero sí estoy de acuerdo con la parte que asume la responsabilidad de las decisiones. Todo en esta vida tiene consecuencias. La evaluación de si son “buenas” o “malas” consecuencias, creo que es un juicio de valor y depende del grado de conciencia en ese instante. De un modo u otro se aprende.

2. “Tuvo como profesor a un diablo bien pirata que le enseñó que la vida no siempre es ganar; él lo aprendió, lo masticó y por fin pudo llorar/ tuvo como profesor a su ángel de la guarda que le enseñó que un fracaso no siempre es perder; él lo aprendió, lo masticó y por fin supo reír...”.

Fragmentos de la canción El enano, de Las Pastillas del Abuelo. La importancia de vivir la emoción es vital para mí. En general considero que se tiende a presentar a nuestra trayectoria existencial como una búsqueda de felicidad y que ésta solamente se expresa como una sonrisa. Que la vida es la persecución de metas, pero a veces la búsqueda de tal logro te consume por completo. Y aquí entran diatribas existencialistas y en realidad no hay decisión correcta. En mi opinión, y como creyente, soy de la idea de que a veces Dios, el universo, la concepción de una fuerza “superior”, destruye tus planes cuando éstos se encuentran a punto de destruirte. Y estoy en paz con esa idea. A veces que no se cumplan tus planes puede ser un golpe de suerte, porque el costo de lograr dichos planes puede dejarte en deuda contigo mismo.

3. Por la boca muere el pez, o similar: eres dueño de tus silencios y esclavo de tus palabras. En particular esta frase hace referencia a una piedra con la que tropiezo una y otra y otra y otra y otra y... ooooooooootra vez. Es de esas lecciones leitmotiv que me ha costado y a veces consumido. Y que a veces me recrimino. La manera en que funciona mi cerebro es un don y a la vez un descalabro porque no concibo, a grandes rasgos, malicia. Cuando hablo de mí, hablo de más. Creo que el error está en la persona sobre las que deposité mi confianza cuando, por cualquier

motivo, esparce confesiones que realizo en momentos sensibles, y entonces la consecuencia es sentirme traicionada. Creo que mi lección constante es proteger mi energía, mi fuente vital, y ser precavida... Pero ¡caray! Esta necesidad primitiva de conectar con la especie.

4. No te niegues a ti mismo. La introspección constante. Reconocer lo que quieres mejorar y trabajar en ello implica aceptar el otro lado de la moneda: las cualidades. A veces me complico innecesariamente sobre el debate interno de que reconocer tus cualidades no implica considerarte superior. Es una reinterpretación del ego, en el sentido del yo y su búsqueda. Esto lo aprendí de una de las peores profesoras en el sentido académico. Mas fue por algo que ligo esta frase a esa persona.

5. Todos hacemos nuestro mejor esfuerzo de acuerdo al nivel de conciencia que tenemos desarrollado en ese momento. “Todo pasa, hasta la ciruela... pasa” Ambas ideas provienen de una de mis mejores amigas, de aquellas que son uno de los dedos de la mano con la que cuentas a esas personas que están en mi lista de imprescindibles (en el entendido de que en mi universo, una de las galaxias tiene ese nombre): Biby. Con esto puedo entender mi pasado y, sin justificarme, entender que las decisiones que tomé en ese momento tuvieron una razón que funcionó para ese instante. Y el trabajo interno te puede llevar a aprender de lo que se pueda considerar un error. A su vez, tanto la felicidad como la tristeza y cualquier otra emoción, son temporales, como nosotros mismos. Y de todo se aprende. Puedo decir que hay decisiones que me costaron demasiada poesía, demasiada salud, demasiada existencia. Pero abrazo todas esas consecuencias. Lo mismo ocurre con situaciones y personas. In my life es una de mis canciones favoritas, de The Beatles. Y hay lugares que recuerdo en mi vida, aunque hayan cambiado algunos para siempre, no para mejorar, se hayan ido o se hayan quedado, los he amado a todos.

6. “Oh I’m a lucky man to count on both hands the ones I love...”. Canción de Pearl Jam, Just breathe. Esta línea me recuerda la fortuna de

poder amar, de haber amado y haber sido amada... de ser amada. Y el amor en todas sus presentaciones: familia, amigos, pareja.

7. "I know what it takes to move on, I know how it feels to lie... So I'm picking up the pieces, now where to begin, the hardest part of ending is starting again...". Waitin' for the end, Linkin Park. Y aunque uno no salga intacto de sus infiernos, siempre es posible empezar de cero... las veces que sea necesario.

8. "Qué corran todos los demás, nosotros vamos caminando, para llegar no hay que correr, tan sólo hay que seguir andando". De Calígaris y su espíritu payaso. Una manera de respetarme a mí misma es respetar mis tiempos. Compararse con los demás es un ejercicio que tiende más a lo inútil y soberbio. Creo que es sano inspirarse, pero sin el rastro de sufrimiento que muchas veces acompaña a ese tipo de evaluaciones. Como se dice por ahí: honro y bendigo mi proceso. "But lately everything is falling into place... I know it sounds dumb, but it ain't no disgrace, it just feels so damn good to be out of the race", complement con Kevin Johansen.

9. "... muestra qué tan rápido una persona puede hacerte daño en circunstancias favorable... muestra lo fácil que es deshumanizar a una persona que no lucha, que no se defiende..." Conclusiones de Marina Abramovic. Rhythim 0. I am the object. Estas conclusiones, tanto impactantes como reveladoras para mí, las conocí hace aproximadamente 8 años. Y el impacto fue a destiempo, una serie de hechos desafortunados de casi dos años a la fecha hicieron que estas conclusiones se hicieran palpables. Su interiorización es un trabajo en proceso actualmente. De aquí re aprendo que el control de mi seguridad, mi integridad, mi paz, son trabajos que me corresponden. Ceder ese control es ceder mi poder.

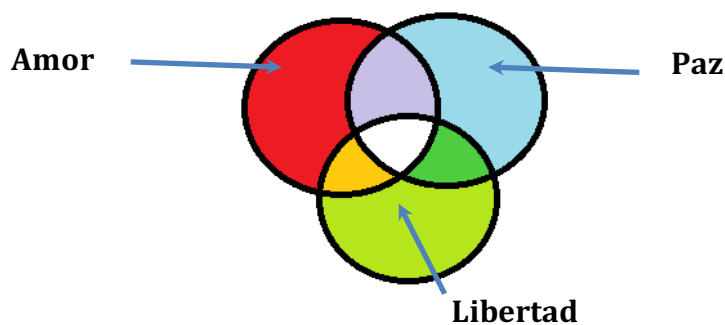
10. "I can forgive and I'm not ashamed to be de person who I am today...". So far away, de Staind. Perdonarme, perdonar a otros, seguir en la carrera de uno mismo, buscando ser la mejor versión.

11. "La importancia de hablarse con amor, uno mismo" Coral Mujaes. La importancia de recordar que la lengua es un arma muy poderosa que

incluso puede matar personas. Es decir, es importante dar amor a los demás, pero más importante recordar que hay que hablarse con muchísima dulzura a sí mismo.

Este es un resumen bastante corto de frases, versos, canciones, que ponen música y ritmo a mi espíritu. El soundtrack de Root, de Clemen, de Sagrario. Compartirlo es, de cierta forma, sentirme un tanto vulnerable, un tanto fuerte.

Y quiero cerrar estas reflexiones con la siguiente idea: tengo la idea de que es un milagro que el amor, la paz y la libertad se intersecten en la vida. Son instantes cuya duración está más relacionada con la percepción de tiempo, con nuestro reloj interno. Pues bien, la última frase que me inspira y que me gusta creer que ordené por mí misma la concebí después de fracasar en mi primer y único matrimonio. Para ello, me apoyaré del siguiente diagrama de Venn (de la teoría de probabilidad):



¿Qué hay entre el amor y la libertad? ¿Qué hay entre la libertad y la paz? ¿Qué hay entre el amor y la paz? No lo sé. Y en cuanto a amor, cuando ideé este esquema, pensaba en el amor de pareja. En este preciso momento, en el famoso aquí y ahora, puedo decir que soy capaz de ver el amor en todo su esplendor, el amor de los que me aman y aceptan con mis características actuales, con la fe en lo que quiero transformar en mí, aceptando mi hoy, mi actualidad. Yo quiero lo que está en medio. Y mis frases de batalla, mis track list de guerra, son compañía y guía. La vida nos permite ir integrando varias frases. Y CREO QUE SÍ SE

PUEDE, creo que no hay que ceder en aquello que, sin lastimar a los demás, te lleve a conquistar ese camino. Y ojo, disfruto el viaje, pensando en la meta.

Decir que he descubierto el poder de que soy capaz de obedecer mi voz interna y no volver a los lugares donde no puedo ser.

Reflejos.

Difícil es... difícil es hablar de sombras coloridas proyectadas en un cuadro, en momentos que me percibo fuente seca de palabras. Bloqueo de quien escribe. En circunstancias cotidianas, pudiera hablar de conceptos básicos de filosofía. De cómo mi interpretación de Descartes me hace coincidir de que la percepción que tengo de mi persona es un engaño también. De lo que mis ojos ven, entre conos y bastones que se contraen y se dilatan entre las luces y aquellas ausencias que se definen como oscuridad.

¿Y cuál luz, si muchas veces las sombras de mis demonios impiden que pueda verme? ¿Y cuál sombra, si otras tantas es mi fiereza primitiva que saca a flote este espíritu rebelde, que se niega a definiciones y se desdice todo el tiempo?

Mi conciencia funge de espejo, como un haz de negaciones y afirmaciones. De ahí que en estos momentos¹, que es un decir, el espejo me devuelve una imagen de realidades, no de verdades.

Y frente a mí, un cuadro de silencio que es el medio entre yo y mi s otros yo, me dice:

1. Tus ojos de órbitas infinitas, encierran los misterios que has entregado sin precaución a espíritus no preparados para ellos. Te ha costado. Lo sé. Lo veo en las ojeras que enmarcan tus frustraciones. Acepta. Pero no sólo las vueltas del calendario. Acepta el paso de la vida. Agradece. Agradece haber sobrevivido a ti misma, a tu propia autodestrucción. ¿Recuerdas? Hace tan sólo un par de años, caías en esa espiral de autodestrucción. Hambre de buey. Corazón partido. Dormir dos

¹ Aplica el principio cuántico de la incertidumbre pero en el ejercicio de la escritura: no se puede conocer el pensamiento y dejarlo en letras mientras se observa al sujeto en cuestión, y viceversa.

horas diarias durante meses. Esas ojeras son el recuerdo de esa lucha y de esa victoria. Y ahora estás aquí, hablando de ello.

2. Tu sonrisa. Los labios que han sido carnaza de tiburones. Trataron de robarte la esencia por medio de la maldición del beso. Del ladrón que mordía bordes para engullir espíritus. Sonrisas de aceptación. Porque pensabas que lo merecías. Y cuando el ojo observador reconoce la nostalgia y la melancolía de esa arruga, te identifica como poeta. ¡Qué fortuna es el trasmutar la herida en el verso! ¡Qué bendición que puedas conectarte con el mundo a través de la creación!

3. Hace seis años, con una cuerda debajo de tu cama, con la asfixia de tus propios recuerdos, documentabas las maneras más efectivas para desprenderte del regalo no pedido de la existencia. Elegir retirarte de la batalla no es ni cobarde ni valiente. Es quizás como asumir una especie de libertad. Y en el momento en que decidiste la existencia “nada más para chingar a los demás”, en una de esas motivaciones peculiares y sabinescas², y continuaste. Tienes 35 años. A punto de tener 36... y sabes ahora que las arrugas son una de las consecuencias de vivir (bien Meryl Streep). Te gusta creer en ello y vuelves a sonreír. Permitiste escuchar voces limitantes, voces que tienen otro nivel de conciencia (no mejor ni peor, simplemente distinto al tuyo), que te hacían rechazar esas marquitas en tu piel. Es cierto, empiezas a morir desde que naces. Bueno, pues disfrutemos el viaje, y si el infierno está asegurado, entonces que esté bien ganado. Sabes que cada decisión tiene consecuencias. Asumes entonces, la responsabilidad de tus acciones. Todo es importante. Tu cuerpo lo sabe.

4. Lo siento, lo siento tanto, por estos años de abandono. Hay cosas que tú, espejo, no dices tan directamente cuando se te deja de ver fijamente. Pero tus ojos vuelven a hablar, Sagrario, y sabes que en todo ello está el reclamo de tus órganos internos por los excesos y las austeridades. Excentricidad de espíritu, justificabas. Cuando entendiste que para poder seguir tu manda artística como un proyecto a largo plazo, dejaste de

² Dicen que Joaquín Sabina que había que ser feliz *sólo por molestar*.

explorar los límites de la creación. Ahora tocan las disculpas. Estás sanando y parte de ese proceso implica los dolores que te provocan lágrimas a las dos de la mañana. Mantente fuerte para obtener la perla que un coral te tiene reservado. Ahora también entiendes que sanar es un proceso que necesita mucho amor y mucha paciencia, a ti misma. Lloro entonces, porque sabes que lo estás logrando.

5. Me gusta verme. Antes me evadía, sabiendo que de cualquier modo mi cabeza es mi retrato de Dorian Grey y había tanto que me carcomía por dentro. Veo tus cabellos marrones con sus primeras canas. Soy una mujer que se reivindica a diario.

6. Y entonces veo unos ojos que recuerdan cosas que desean olvidar. Ojos que no se arrepienten de su pasado, pero que se palpa las cicatrices. Y reconozco, no siempre pondero las consecuencias. Son ojos cansados de tantos reinicios. Pero son reinicios necesarios. Necesitaba drenar el absceso, un cúmulo de versos que tienen el nombre de un año que no es necesario mencionar. El bisturí fue un encuentro que había evadido con la verdad. La verdad tiene nombre y apellido. La verdad es una daga que me inspira cosas que quiero olvidar. Y tiene efecto. Y duele. Y vuelve a sangrar. Y me preguntan esos ojos si era necesario. Y el monstruo con el que no me he reconciliado me dice: no lo necesitabas, pero lo querías. Y esa batalla interna me tiene a las dos de la mañana recriminándome si es cierto aquello de que uno se arrepiente de lo que hace y no de lo que no hace.

El espejo, ese testigo muerto que revive al reflejarme. Un trozo de espacio que, como el solitario testigo, me recuerda: no te han destruido por completo, NO TE HAS DESTRUIDO POR COMPLETO. Toma las riendas de nuevo, estás aquí, para reconciliarte contigo. Y estaré aquí, para seguirlo viendo.

Los talismanes de una sirena

Había una vez, en un reino muy lejano y destruido, una sirena que se quedó sin voz y sin manos. La sirena vivía en un autoexilio. Estaba en un proceso de reconstrucción. Siempre desconfió de la calma previa a los huracanes. Sin embargo, siempre con el monstruo de la esperanza a sus espaldas, quería suponer que los últimos meses de aparente compañía iban más allá de la ilusión. Finalmente, había enlace con la especie humana.

Grave error. Cuando no hay vuelta atrás, queda seguir adelante, hacer acopio de letras, de poesía, de libros, de números, de álgebra. Confía en que es parte del proceso y que es posible recuperar la dicha que se encuentra en la nostalgia del arte. Reúne sus elementos de ensueño y comienza a recordar, hablando con ella misma...

El anillo del teatro. La ambigüedad y contraste de un par de máscaras. La angustia y la alegría. El dedo anular de la mano derecha trae el recordatorio de que eres ambas, la mujer que sufre sin consuelo y la mujer de la alegría desbordada.

La inicial que cuelga. El collar con tu letra en ella. Esa letra también te recuerda el último descalabro en lo que tú querías creer era el amor. La letra es una coincidencia de ambos. Pero también sabes que existías antes de todo eso. Antes del romance, antes del desamor y la tragedia. Tú eras, eres y serás siempre la sirena con nombre de oscuridad dulce. Tú te llamas Melina.

Perforaciones. Orificios que no te pertenecían. Pero tampoco te pertenecían la traición ni los huecos de ti misma cuando decías a otros que sí y a ti te decías que no. Y te calma, cuando tocas tus pequeñas orejas y reencuentras la parcialidad de un aro. Y sonrías al recordar que poco a poco estás eligiendo lo que quieres que te represente.

Libretas y plumas. Tu mente quizás sea un desorden. Tu corazón está experimentando un proceso de limpieza. Tú crees en eso, en las energías. Y todo el caos que te invade en este momento, que te está partiendo en pedazos, te vuelve poética y sublime. En tu habitación, en tu auto, en tus mochilas, hay de dos a cinco libretas y todos tus secretos dispersos en ellas. Sabes que estás sola, pero no te sientes sola. La escritura te acompaña.

El nuevo testamento. Huyes, siempre, de cualquier percepción de adoctrinamiento. Quizás lo estés. Sin embargo, te redescubres y te descubres eligiendo. Y has perseguido la fe como el conejo a la zanahoria. De múltiples formas. Y encuentras la misma sabiduría de distintas maneras. Y recuerdas Life of pi. La búsqueda infinita de la fe infinita. Y sonríes, porque de todas las doctrinas, la constante, como pi, es el Nuevo Testamento que para ti representa el perdón y la reconciliación con el pasado. Con los hombres. Y te acompaña siempre, como el librito azul en tu mochila gris.

Tatuajes. Experimentación. Sabes que no es una etapa. Sabes que la elección del tatuaje fue un proceso en el que al inicio huías de lo que fuera eterno. ¿Pero qué tal si la eternidad es este momento, en el que estás en este cuerpo, y que lo efímero es el envase? Y te gusta creer que cuando te vayas, tu alma dará vueltas al universo y se posará en otros lugares. Quizás. Pero hoy, en este momento, este es tu templo y lo adornas a tu gusto. Y estos “dibujitos” representan tu conexión a tierra, tu vista al cielo; tu reafirmación infinita, sí, como los decimales de pi; la nostalgia feliz, los recuerdos que te llenan de alegrías que nadie te puede arrebatarte. Está el deseo que soplas y se esparce entre el viento, que a veces habla y te susurra “te han dañado, pero no te han destruido, tú te has destruido... pero tú también te puedes rearmar, tienes la capacidad para ambas cosas, acuérdate”. La cruz de la transmutación, la cruz de Flamel que está cerca de tu corazón, fijando lo volátil... lo volátil es la emoción, lo fijo es la poesía.

Los monitos de peluche. La parte lúdica en forma de vaquitas, cerditos, Hello Kitty®, pingüinos. Me acompañan uno a uno, desde los cinco años. Es la parte infantil que me representa. Es la parte más incomprendida de todas, “a tus treinta y cinco años”. Y, por ende, una de las que más defiende cuando es necesario.

El libro en turno. Los universos escritos en donde todo es posible. Y crees en las realidades alternativas porque ahí están, escritas para siempre. Y crees que hay venganza y redención. Y números que te atrapan. Hay

La oración de Silvia. Silvia es una de tus mejores amigas. Ha sido mentora, madre, amiga, confidente. Ella estuvo ahí cuando tu cuerpo fue mancillado, violentado. Ella conoce ese dolor y el desahogo, cuando creíste que tu cuerpo es una fantasía rota por los deseos egoístas. Tú confiabas, tú... Silvia ha escuchado de tu desdicha, sin juzgarte, sin agredirte, sin culparte. Ella te abrazó y te puso el rezo en tu monedero, un conjunto de palabras que te repites en tus noches más oscuras. Sueñas y despiertas con ganas de continuar.

La sirena entonces reconoce todos estos objetos. Se siente débil, aún no canta. Pero quiere bailar. Y baila. Es una sirena bailarina. Hace tan sólo dos minutos se sentía profundamente sola, lejos de sí. Fuera de sí. Tocar estos objetos la sitúa en el presente. Ese quizás fue el ejercicio. El recordatorio del sentir y del crear. Y bueno. Se sabe fuerte. Y reconoce el milagro que es volver a elegir, de entre la cuerda en la viga y la escritura, la vida.

La esfera Da Vinci.

Existía, varios años atrás, un monstruito mitológico viviendo en un océano de estrellas que era tanto abrumador como alentador.

Esta criatura tenía, en particular, una curiosidad que sobrepasaba los límites de su cráneo definido. Conexiones sinápticas que se creaban y multiplicaban con una magia increíble. Era un ser introvertido... es un ser introvertido. En su niñez de monstruo (y ojo, un monstruo no como acepción negativa: simplemente era una criaturilla peculiar), podría describirse como un ser pequeñito "normal". ¿Qué es normal en un niño? Bueno, pues digamos con una imaginación exorbitante y las ganas de cantar y cantar. Su madre era una bella cuentista, heredera de Sherezada. Los cuentos de su madre, su canto de sirena, la salvaban de esa realidad en donde una abuela te comparaba con los otros nietos y te recordaba (sin necesidad), que no eras motivo de sus afectos. Esos mismos cuentos le permitían al monstruito hallar consuelo en las arañas, anhelar escribir ya no para creer en historias, sino para crearlas.

El padre de nuestra protagonista era búho matemático. Le enseñó todo lo que pudo de las letras y los números. No concebimos (ni el monstruito ni yo), regalo más significativo y perdurable que el conocimiento. Las ansias de saber quizá es otra dádiva. Y la pasión... ¡Dios! Parecía que en esa cabecilla había espacio para todo, menos para el cansancio.

Con estas herramientas, el monstruito (a quien llamaré a partir de este momento Root), era un ser gitano con una carreta de fantasías.

¿Y qué pretendo con todo esto? Bueno, es necesario poner unos pequeños antecedentes en esta montaña narrativa para poder entender que Root sentía pasión por tantas cosas que, hasta la fecha (lo sé porque me lo ha dicho), sigue persiguiendo quimeras y sembrando semillas en diferentes huertos.

Root sabe que no es única. Es una carga y un consuelo. Es una carga porque está la componente del ego que ella comprende, es una necesidad de diferenciación. Pero a su vez, es el consuelo de no sentirse sola. Así que comienza a pisar de puntillas, en edades tiernas, de acuerdo a los humanos. La educación formal más que carga, fue regalo y fuga. Le permitía escapar de los gritos en casa, de la idea de carencia. Encontraba relajación en los números, en la precisión de las matemáticas, en su invariabilidad. Las leyes, teoremas, axiomas, que obviamente no concebía como tales en sus años mozos pero que existían sin dudar, le permitían ver fijación y estabilidad. Le encantaba dibujar, aunque no era su fuerte, y plasmar alegrías en letras que eran sus regalos de cumpleaños para el abuelo que le hacía huevito con chorizo y para su madre, quien siempre intentaba proteger su fantasía.

Amaba el conocimiento. Era una filósofa pequeña. Siempre renegó de las etiquetas: tienes que enfocarte en los números. Tienes que enfocarte en las letras. Tienes que... ¿Qué pasa con ustedes, adultos? Así que se rebelaba en silencio.

Un buen día, a una buena hora, mientras sus ojos paseaban la vista entre las páginas de un libro de primaria, descubre la existencia de un ser maravilloso que le gusta pensar es su alma gemela intelectual... bueeeeeeeeeno, se vale apuntar al cielo. Su nombre: Leonardo da Vinci.

Y entonces descubrió que quería que sus huellas fueran motivadas con la idea de la esfera de Da Vinci.

Huellas académicas. El amor a las matemáticas. El miedo a las matemáticas. La huída de las matemáticas. La reconciliación con las matemáticas. El valor de las ciencias exactas. Nada tan sencillo, tan fijo, tan constante, como los axiomas y las propiedades. La complejidad del conocimiento es una enredadera que siempre tendrá como origen la belleza de los números.

Huella literaria. El llegar a la poesía por accidente... cuando te preguntas si existe o no el destino. Y si existiera el destino, a Root le gusta creer que tú decides “seguirlo” o mejor “crear” uno distinto. Root no sabía de poesía a sus nueve años, cuando un suceso le obliga a crear. La misión: escribir una composición poética a los símbolos patrios. Pidió ayuda a su madre, de quien pensaba: si sabe inventarse historias mientras entona una bella canción, ¿quién más capaz que apoyarla en este deber escolar? Bueno, la ayuda nunca llegó. Así que Root se enfrentó a las letras para crear una composición. Nunca imaginó que ese evento desencadenaría en una trayectoria poética que no tendrá fin. A pesar de los daños. A pesar de las paredes mentales. Siempre hay un rastro de Sor Juana y de Plath, de Pizarnik y de Sexton, que la lleva de regreso a sí misma y la fuente de su inspiración infinita.

Huella científica. Un día Root quiso salvar al mundo. Quería inventar algo que ayudara a todos los seres. Su paso por el mundo científico fue tanto bello como desastroso. Pero la ciencia siempre será una gran compañera. Esta huella tuvo como cómplice a un profesor de química que le enseñó que la mejor manera de aprender ciencia es enseñarla y aplicarla.

Huella teatrera. Root era esclava de sus silencios. Tiene una condición de introversión infinita. Root no quería ser así. Y un día de extravío fue que su madre, una vez más, ve el rescate en un anuncio pequeño de periódico que anunciaba la búsqueda de personas interesadas en desarrollar teatro. Root se dio cuenta ahí que tenía una voz y que quería ser escuchada. Que podía tener una cuarta pared que la protegiera del mundo sin dejar de ser ella misma.

Huella fotográfica. Es curioso que algo tan fijo como una fotografía sea tan representativo de algo tan espontáneo. Una huella que surgió un día cualquiera, mientras vas en el transporte público y ves a lo lejos a un grupo de mujeres en su afán diario de barrer y trapear con prontitud. Una visita importante quizás. La realidad de nuestros días. Algo que querías conservar para siempre. Root nunca

aprendió a dibujar bien, aunque lo deseó fervientemente en algún momento. Pero fue la imagen de estas mujeres trabajadoras, con sus propios problemas y sus propias soluciones, en un día soleado tras un día lluvioso (no es imagen poética, realmente las mujeres estaban desapareciendo charcos con su escoba), fue esa imagen, insisto, que se conserva como uno de los recuerdos más poderosos de su vida, la huella que remarca cada día con las fotografías que se toma a sí misma, sonriendo, llorando, como imágenes que adornan sus poemas y canciones favoritas.

Huella docente. El método socrático de aprendizaje, preguntarse una y otra vez hasta llegar al límite donde no se conoce nada. Root ha aprendido a aceptar (que es distinto de resignar), que no lo sabrá todo pero que lo bello está en la persecución del saber. Y que durante esa persecución, descubrió que la mejor manera de aprender es enseñar.

Huella deportiva. Las artes marciales son algo maravilloso. Su nombre lo dice: arte. Y cualquier arte le exige disciplina y tolerancia a la frustración. Retos. Piedras de tropiezo que uno hace de lado. El objetivo siempre cambia y te enfrenta a cosas nuevas. Ahí estuvieron el Tae Kwon Do y el Kung Fu, ahora está el Tang Soo Do. Todos son caminos que a su vez son huellas. El Tae Kwon Do llega a su vida en sustitución de los ejercicios aeróbicos, a sus quince años, cuando su hermano menor le dice: y si alguien te agrede, ¿qué vas a hacer? ¿Sacar el step? El problema para Root es entender que en las artes marciales no te enseñan a defenderte de la gente que se supone no te debe hacer daño. Aunque eso, es otro cantar. Y en el interludio que existió entre una disciplina y otra, estuvo un bello paréntesis futbolero. Defensa. Siempre ponen en la defensa a alguien que no sabe cuál es su posición en el mundo. Defensa. Como una metáfora de su vida. Llegó como otro acontecimiento azaroso en un laboratorio de microscopía. Le proporcionó cuatro uniformes oficiales y muchas aventuras. Root nunca tuvo miedo.

Al final de su camino, Root toma su esfera de Da Vinci. ¿Por qué una esfera? Las huellas en la vida de Root son tantas, y tan variadas, que dejaron de ser facetas de un cristal para convertirse en una esfera: no hay límites definidos, no hay polos. Es una figura perfecta. Y la esfera rueda por este camino accidentado llamado vida. Root sonríe. Root cree en Dios, pero decide hacerse cargo de sí misma. Y la libertad siempre será una expresión de amor.

Corazón, refugio de resonancia de los sonidos incomprensidos. La palabra... el medio que le da voz.

El tump-tump (intento de onomatopeya para un latido), quizás sea el sonido más simple y a la vez el más poderoso que pueda reconocer. Para el alma cargada de insomnio es suficiente para recordarle que está viva.

Y como si atravesara el humo de un fumador fantasma, Root se reconoce como una santidad oscura (le gustan las metáforas llenas de contradicciones). La noche es su cueva. Todas las noches de todos los años de todas las vidas existe el pensamiento oportuno que escala por un verso cualquiera y transmuta desde el silencio a la algarabía. Existe de otra manera.

Root se siente como una historia de Las mil y una noches. En particular es esa historia de El pájaro que habla, el árbol que canta y el agua de oro. El árbol que canta. Sí. Ahí están las raíces que reciben la inspiración de la tierra mojada. Inspiración que llovió el día anterior.

Cantaré, entonces, para honrar todas esas raíces que en el aquí y en el ahora que le dan a Sagrario, poesía y redención.

Está la madre abnegada, el cliché del ángel, la mujer Atlas mitad semilla. El ser poderoso que le consuela, que luchó por ella cuando Sagrario era un ser prisionero de sus propias limitaciones; la que una vez te dio la frase clave cuando buscaba la definición de felicidad: quizás tu felicidad, dijo, es estar en paz. Está el padre que, aún con sus vaivenes, está como un amor cíclico, intenso y devastador, es constante; le enseñó de las letras y los números; le enseñó a no temer a las pendientes y enfrentar los desafíos. Están el hermano de las humanidades y el de las ciencias exactas.

Están los profesores que se volvieron amigos e imprescindibles. Como Silvia, tu madre postiza. O los que te enseñaron a pulir tus habilidades con la constancia y la perseverancia. Que lo suficiente siempre será lo que sea necesario para aprender y que siempre valdrá la pena el desvelo donde llegue el eureka. Tienen nombres y apellidos. Uno, por ejemplo, se llama Antonino, el otro se llama Manuel y la última Isis, quien es mi propia leyenda egipcia. Está la magia del universo en una Biby, me da los secretos en polvo cósmico, es poder y alegría.

Están las actrices, las terapeutas, las amazonas y los lirios, que se disfrazan de amigas con múltiples nombres de Mayras, Marthas, Aíztas y Gabrielas. Si la sororidad es un enunciado, ellas... ellas son predicado y sujeto.

Están Las Pastillas del Abuelo, que te enseña de integridades y de amores intensos, de gratitud. Está El Cuarteto de Nos, que te habla de poder y de identidades ocultas. Está Kevin Johansen, que en la simplicidad de sus notas pop, te recuerda que la belleza está en las cosas simples y todo cae en su lugar, tarde o temprano.

Están los existencialistas y pesimistas. Imágenes de ensayos de Saramago, gritos de fidelidad a uno mismo de Schopenhauer. Que la semilla que hoy plantes tal vez no te dará sombra, pero que el hecho de plantar algo siempre será importante para alguien, aunque no te des cuenta.

Está la poeta libre y prisionera, que tiene nombre de suicida como Sylvia, Alejandra y Anne. O la eterna aprendiz como Sor Juana. O la de los tiempos modernos, como Elvira, que se repite a sí misma y se defiende.

Están la sabiduría que siempre se encuentra porque siempre se está buscando, en la programación de TV. Frases que te recuerdan que tus acciones son importantes (por lo que no hay que subestimar las consecuencias), las estadísticas y la fuerza que se requiere para renunciar en el momento apropiado,

para descansar, para continuar en la búsqueda de tu propia grandeza, Que no todo está bajo tu control, pero que aquello que Sí lo esté, debe de estar tan impregnado de pasión que no dejes ninguna deuda personal; que tus cicatrices son honorables y que no necesitas la luz de otros para brillar, porque cada uno tenemos el poder de no ser sombra de nadie; que nada es más bello que la libertad con sus múltiples consecuencias. Gracias Grey's Anatomy, Supernatural y House M.D.

Está una trilogía de película y un combate final. Y te das cuenta que todos los monstruos están en tu interior y que también por eso los encuentras en todas partes, porque los cargas sin darte cuenta, y se reproduce como los gritos de mil demonios, miles de agentes Smith diciéndote: “¿Por qué Mr. Anderson? ¿Por qué lo hace? ¿Por qué se levanta? ¿Por qué sigue luchando?. ¿Cree que pelea por algún motivo? ¿Qué lo hace por algo más importante que su propia supervivencia? ¿Qué le impulsa? ¿Acaso lo sabe? ¿Libertad? ¿Acaso la verdad? ¿Quizá busca la paz? ¿Sí? ¿No? ¿Podría ser por amor? Ilusiones Mr .Anderson. Caprichos de la percepción. Los insignificantes intentos del pobre intelecto humano intentando desesperadamente justificar una existencia que no tiene sentido o propósito alguno. Todos los que cree conocer tan artificiales como Matrix en sí misma. Sólo una mente humana podría concebir algo tan patético como el amor. Debería darse cuenta, Mr. Anderson. Ya debería saberlo. No puede ganar. Es irrelevante seguir luchando. ¿Por qué Mr .Anderson? ¿Por qué persiste? “³. Y surge mi Neo personal: Porque así lo elijo.

Está una Taylor Swift, quien sufre y es feliz ante millones de personas. Quien lucha por compartir su creación en la cotidianidad de su condición humana. Cuyos errores, fracasos, alegrías, son documentadas desde el country hasta el pop. Ella transmite la pasión con sus recursos, los fortalece y los amplía. Es inspiración de creatividad y descanso, de inteligencia, de valorar tu propio arte y defenderlo.

³ <https://mundomatrix.mforos.com/125761/1168716-dialogo-entre-smith-y-neo-spoiler/>

Y al final, después de este listado de ecos y más ecos, está el nombre de un hombre que contiene al arte, pisando fuerte para dejar su huella. Es el nombre de escritores de misterio y filósofos incomprendidos. Él no sabe de poesía, pero la crea al existir. La idea de él fue un refugio amarillo en una huida de diciembre, el único color que había entre los blancos y negros de la crisis. Él me ayudó a rescatar poesía abandonada, como si fuesen primeros auxilios. ¡Dios! Es vital mencionarle, lo contrario sería injusto, puesto que hoy es el pensamiento más importante, en cuanto a un enlace hombre-mujer. Se aprende, por ejemplo, de cuánto se ha amado cobardemente, que es ir sobre lo seguro de la correspondencia. Él lo dejó en claro: no hay sincronía ni concordancia en lo que se siente. Y al mismo tiempo descubres placeres ocultos en tu propio cuerpo. Él fue la guía. Él ha dejado a Root a su suerte, pero ella elige naufragar en la confusión del abandono mientras le escribe. De hecho, ella se lo pidió, para evitar decirle: te quiero, porque el que busca, encuentra. Y ella no quería encontrar el no definitivo, insisto, mientras escribe. Pero las cosas se dicen al hacerse. Él entonces la ha dejado en paz; Root le dejó en el último abrazo una declaración de amor sin palabras. La última promesa de Root al respecto es un tatuaje en el corazón que dice: si la vida nos reencuentra alguna vez, prometo decirle que sí lo extrañaba y sí lo quería. Root se sentirá completamente libre de él si se lo llegase a decir; sin embargo, de algún modo, se lo está confesando aquí.

Ya es de madrugada. Se aprecia un amanecer prometedor. Hoy será un gran día.

Y el tump-tump se siente como si Dios te hablara.

**La Melinita en busca del sentido... Último, ya el que sea, Viktor, está bien.
(Paráfrasis del título de Viktor Frankl, El hombre en busca de sentido).**

Existe un lugar secreto del que jamás pensé escribir. Está en el tercer cuadrante del plano que, en estos momentos, es mi imaginación. Y estoy dando pistas leves de en dónde se encuentra, con la idea entumecida de que, conforme me sienta confiada, pueda algún día hablar de su ubicación real.

[como si eso importara]

Hay gente que elige una moneda y un pozo. El deseo entonces da vueltas y cae, sin remedio, al agua cristalina. Siempre me ha parecido absurdo ese ritual de magia. Y sí, en la magia también hay absurdos, la magia debe de tener cierta lógica.

julio

[lo siento, es tarde y no he dormido
bien las últimas semanas...
para ser precisos, desde el 7 de
de...]

Decía... hasta la fantasía debe de obedecer a una lógica determinada. Entonces quiero seguir hablando de ese lugar secreto mencionado en el primer párrafo. Ese espacio era un rincón virgen hasta que dos audaces niñas, atraídas por esa mística inexplicable que siempre envuelve a las aventuras pueriles, llegaron a conquistarlo. Eran la Melinita a sus cinco (casi seis) años y su amiga, Brissa. Brissa nació en agosto, por cierto, y no sé qué fue de ella, salvo que se convirtió en arquitecta y quizás ahora es capaz de materializar la historia de sus sueños con estética y fortaleza. O eso espero. Sin embargo, aquel rincón descubierto viene hoy a mi narrativa al recordar la importancia de ese espacio. Era el espacio de los dientes de león. ¿Ven la importancia que eso puede tener para un ente de casi seis años con una imaginación incontrolable?

[lo sé, decir niño e imaginación
incontrolable en el mismo
enunciado es como una especie de
pleonasma...]

En otras palabras, el rincón virgen era un santuario de deseos. Melinita le veía más sentido al hecho de cerrar los ojos, pensar en su idea de Dios de esos entonces, apretar sus párpados como si eso le diera fuerza a sus deseos y soplar... soplar para que sus deseos llegasen a alguien, a todas partes, como polvo cósmico volando como un cometa. Esa metáfora la acabo de mal inventar. La Melinita de casi seis años lo hubiera dicho mejor. Lo hubiera escrito mejor. ¿Saben por qué? Porque su deseo más grande era ser escritora, ese era su ocio. Su mente era quizás el espacio más libre que pudiera existir, así que las letras era el medio para conectar el mensaje que los vientos susurran para los hombres que no alcanzan a escuchar.

Cierro los ojos, como si estuviera pidiendo un deseo. Y en vez de eso, describo ese espacio en una mañana de primavera. El aire es, como es de esperarse, fresco. El rocío matutino, tranquilizante. Era un ritual infantil y poderoso, ir al rincón de los deseos por cumplir antes de entrar a las clases.

Quisiera hablar un poco de la Melinita de esa época, para que, según yo, queden mejor explicados mis deseos de locura y fuerza...

Melinita de esas edades, y de antes, siempre soñó con escribir. El regalo de sus primeras letras fue por parte de su padre. Era una familia con tantas limitaciones económicas pero compensadas por un entorno altamente complejo y creativo.

[Dios, en ese sentido, no siento que me
debas algo...]

Y entonces Melinita, un pequeño duende colorido, escribía en sustitución de regalos de cumpleaños, de días de las madres, de los padres, de los abuelos, regalos que no podía comprar.

[Ahora le digo a esa Melinita que esos
obsequios eran lo más valioso]

El deseo de escribir se ha convertido en una necesidad, la necesidad fundamental de conectar a través del arte con la especie humana, como también le pasó a Margaret Atwood, de acuerdo a sus ficciones en *La maldición de Eva*⁴. Entonces ese es el deseo primigenio que no detecta un ápice de influencia de influencia externa, el deseo más genuino:

Escribir hasta que me muera.

Soy una mujer que rellena huecos de la piel. En mi etapa de autodestrucción consciente, permití que esos huecos fueran recorridos por manos que jamás habían sostenido la fantasía. Por ello decidí borrar las huellas de esas manos con un distinción a esa imagen: el deseo en un diente de león que trasmuta, gracias al viento expulsado desde mis veintiún gramos de alma para convertirse en aves que emigran todo el tiempo porque no saben dónde es su hogar. He aquí el vestigio filtrado:

⁴ Leer esto ha sido una de las más felices coincidencias de mis últimos tiempos, me hace sentir más cómoda conmigo misma al saber que otras mentes han atravesado por conflictos semejantes. O al menos así lo comprendo.



Si se pudiera mirar más de cerca, se podría ver que cada una de las aves es diferente, como los dedos de una mano, como nosotros ante Dios...

Está el ave de la exactitud, la del sueño matemático, que está como un señuelo de números en los libros de álgebra y de termodinámica.

Está el ave del canto y la actuación, la que vuela en un escenario, como un agente único, proyectando lo que se es y lo que no se es.

Está el ave de la introspección, el ave no blanca que aspira a la paz interior. Es el ave que esquivo las balas de habladurías, balas de desprecio, balas de confrontación sin sentido. El ave reikiana, el ave mágica, envuelta en esferas de plata sobre un cielo violeta. El ave que reza, que ora, que se reconoce en la furia y en la alegría, que lo vive todo intensamente. He aprendido a entender a esta ave que representa el deseo de redención de las facetas negadas: la ira, la tristeza, la decepción son igualmente valiosas que la tranquilidad o la alegría. Es el ave que siente.

[Soy un ser sensible, pero eso no es equivalente a cobardía; nunca le huyo al combate, cuando es inevitable...]

Está el ave de la fotografía, que busca perpetuar lo efímero con imágenes grises, en blanco y negro o a colores, que juega con las luces y los filtros, que se retrata a sí misma porque se conoce mejor y conoce sus intenciones de expresividad, pero que captura la belleza donde sea que se presente.

Está el ave de la vida, con la que estoy más en deuda, el ave prioritaria en este instante; un cuerpo agónico abandonado en la mitad de una ciudad que parece desierto, con las llagas y heridas del castigo. Lo sé porque fui yo quien lo abandonó. Entonces es un ave que me cuesta mirar a los ojos, porque le debo todo. Fue el hambre de buey, la excentricidad del espíritu suicida que mostró un deseo evidente y otro sutil de morir. Entonces, en el cruce de las decisiones, esta ave representa mi intención de seguir viviendo, saludable. La alimento, le hablo con amor, lo mejor que puedo. Fallo, fallo a cada momento, pero ahora lo sé y rectifico. Entonces el ave de la vida es honrada con ejercicio que la reta sanamente, que fuerza a cada parte de su cuerpo a superar sus límites. Es un ave karateca, es un ave que corre.

de

[Cuerpo de poeta, dueles a consecuencia mi propio maltrato, cuerpo que refleja los excesos de la culpa: perdón, perdóname todo, estoy haciendo lo mejor que puedo. GRACIAS por esforzarte, a pesar de todo...]

Me encuentro aliviada y contenta de compartir un poco de mi cielo, del paisaje donde vuelan todas las aves de mis deseos. Confío en estos renglones, confío en los ojos que los leen. Confío en que el ave que escribe tiene en sus plumas la promesa de lograr expresar todos sus deseos de un modo mejor. El bolígrafo, el lápiz, el marcador, el teclado, adquieren vida al usarse.

[Y revoloteando, sutil y mágicamente, está un polluelo con el nombre de un año o de un filósofo, que en la rama de un árbol me exige atención. Es el ave de un proyecto poético que se empezó a escribir un 3 de marzo, pero que se alimenta

con fuerza desde un 7 de julio, día a día, noche a noche. El proyecto tendrá que escribirse, sin embargo, sin compañía de las aves de marzo. Estoy en paz].

Diccionario de definiciones vagas.

Nota del autor.

Nueve de la noche de un 11 de... del año... Las palabras... Es extraño. Las palabras se definen a sí mismas mediante otras palabras. Y me pregunto: ¿necesita un ser humano definirse a través de otras palabras? ¿De otras personas? ¿De las experiencias? Y me contesto (léase como en la canción de Rehab, de Amy Winehouse) No, no, no. Es una lucha constante, es una agonía sin fin. Mi mente da vueltas. Y lamento decirme: es inevitable, como cuando Macario⁵ trataba de evitar a la muerte. Es extraño, repito. Porque pensar en las palabras trae a mis pensamientos otras palabras, y aunque sean Melina: adjetivo, acción, Canto y pretendo tocar una guitarra o un teclado⁶. Soy una persona musical.. Mis momentos siempre tienen canciones. Y este momento trae la canción de Depeche Mode, Enjoy the silence:

Words like violence
Break the silence
Come crashing in
Into my little world...

... Feelings are intense
Words are trivial
Pleasures remain
So does the pain
Words are meaningless
And forgettable

⁵ Macario, novela de B. Traven.

⁶ Un día, seré más disciplinada en ello. Lo sé. Ese día será hoy, cuando termine de escribir esto. Lo sé.

Quizás las palabras sean crueles y sin significado. Pero, ¿qué sería de mí sin ellas? ¿De mi ánimo deshecha sin posibilidad de inmortalizar la desgracia y de compartirla por lo menos una vez? ¿De la posibilidad, también, de engendrar una semilla de alegría para alguien que necesitaba un gesto amable?

Detesto un poco los símbolos en las definiciones, pero entiendo que son necesarias como estas rocas en proceso de formación. Estalactitas que cuelgan en la cueva de mi mente. Ideas con faltas de ortografías. Ideas que necesito corregir. Favor de no tomar como catalizadores, motivadores, ejemplos. Son grafitis de un corazón.

A

Aceptación: Admitir y reconocer lo que es, en este momento. Por ejemplo, que él no está aquí, y ni estará. Que es necesario reconstruir ciertos edificios devastados tras una tormenta de ilusiones y expectativas. Que estoy bien, y que estaré mejor. Y que duele, pero todo pasa. Aceptar la frustración de no saber la respuesta de todo. Racionalizar, para agradecer lo que está.

Amor: Lo inefable. La alegría de que está en todo lo que veas. Me tomó años concebir el amor como un algo que está en las mañanas, en las personas que procuran tus alegrías, en una escena lejana de unos novios mirándose a los ojos para decirse buenas noches, te amo. O un padre despidiendo a su hijo antes de un entierro. O el fuego que Prometeo me dio a mí y guardo, aquí en mi interior.

Aprendiz: Canción de El Cuarteto de Nos, que resume un rasgo importante de mi personalidad. Cualidad que Dios me dio y que recuerdo cuando por ego, quisiera volar por encima de todos. Y eso ocurre cuando siento que todos me lastimaron. Pero aterrizo, la idea del aprendizaje me planta en tierra.

Arcángel: No sé qué son, no sé si existan. Pero son ficciones que tomo y me empoderan al concebir la “bondad” y la fiereza. Un arcángel es un lo-que-sea con el poder de destruir si es necesario. Y a veces, lo es.

Arquero: Un centauro que surge de una canción de Taylor Swift, The Archer. Me imagino la noche sin nubes, permitiéndome ver mis sueños en un techo oscuro.

Me concibo como un ser apuntando en alto y sacrificando lo necesario para alcanzar sus metas.

Arte: Lo que hago, lo que escribo, lo que vivo, lo que conmueve, como dijo Nabokov... lo que estimula tu sistema nervioso central, te recorre todo el ser. Lo que escucho, lo que siento, lo que observo y me recuerda lo importante que es sentir. Lo que me recuerda que, de hecho, siento.

B

Believe: En inglés, me gusta la pronunciación, una b imponente y una v serena. Creer en ti, en tus esfuerzos, en que lo que Dios creó es perfecto. Entre eso, tú. Que mereces creer en los resultados de tu lucha. Que cuando te encuentres en la lejanía de un domingo, meditando respecto a todo el desprecio que has percibido en estos días, que todo es temporal. Recordar nuevamente la Aceptación, y que tu fuerza está en creer que todas nuestras acciones tienen impacto.

(Just) Breathe: Otra canción, de Eddie Vedder. Cuando me abruma el ruido exterior, cuando anhelo el silencio para escuchar los latidos de mis ideas creativas, de mi sororidad (la mujer más importante y con la que busco vibrar es y quiero siempre ser yo). Entonces los acordes de una guitarra y la voz de un barítono me calman. Siempre funciona. Es una de mis canciones felices. Y respiro. Y estoy bien.

Bruja: Eso soy. Soy por nacimiento (un 31 de octubre), soy por elección. Mis conjuros mágicos siempre son versos. Mi poder: mirada sincera que lo confiesa todo. No sé mentir, nunca quise aprender. Creo en la fuerza de mi día de nacimiento, en reivindicar la soledad como un espacio de reencuentro, en los sortilegios curativos cuando digo: esto es bello, de esto aprendo, de esto escribo.

C

Centro: La intersección entre mis emociones, mis anhelos y mis sensaciones. Cuando desaparezco del radar de las miradas “con otros niveles de conciencia” (gente cabrona, en lenguaje coloquial), estoy yo. Yo, yo, yo. Estoy yo y en mi centro, existo.

Clementina: Nombre de la nostalgia, de la añoranza aroma preticor. Nombre de la ternura. No es un heterónimo, porque no lo finjo. Es una de mis personalidades. Una de mis favoritas. Es un poco extraño. A Clementina no le cuesta aceptarse en su soledad. A Melina, sí. Y Melina quiere aprender más de Clemen.

Comenzar: Las veces que sea necesario. Las veces que necesite. Todo vuelve a comenzar y lo has hecho, múltiples ocasiones. Tu fracaso más grande (y vaya que esa situación te enseñó a no temerle a esa palabra), involucra abandonar uno de tus sueños más grandes por no sacrificar tu salud mental. Pusiste a Melina en primer lugar. Ese es su lugar. Y entonces decidiste que un posgrado es importante, pero el universo de aprendizaje es tan vasto y un día, cuando te sientas lista, comenzarás a perseguir nuevamente esa meta y, de cierta forma, pagarás esa deuda que tienes contigo y nada más contigo. Por hoy, no hay prisa. Y en todo. No hay prisa, insisto. Y lo aplicas en todo.

Corazón: “Corazón, corazón oscuro; corazón, corazón con muros; corazón, corazón que se esconde; corazón, corazón que está donde; corazón, corazón en fuga, herido de dudas de amor...” Canción de Silvio Rodríguez, Quien fuera. Me recuerda lo sagrado de mis latidos y que mis muros no son circunstanciales. Hay una historia que explica la muralla que lo rodea.

D

Darkness: Santuario de creatividad. Reitero. ¿Cuántos años fueron sin mí? Como tres mil cuatrocientos. En todo ese tiempo, recuerdo voces de alegría insistiendo en la búsqueda de la iluminación. Y esta parte oscura estaba siendo relegada a la negación. Y la oscuridad es tan importante como la luz.

Demons: Pequeños seres en mi interior, rechazados. Entonces no se muestran. Melina necesita utilizar una máscara para “esconderlos”, porque no cualquiera merece la explicación del por qué existen estas criaturitas.

Dios: Palabra que lo resume todo.

E

Elegir: Sustancia primaria la libertad. Responsabilidad. Facultad que se tiene para enfrentar disyuntivas.

Escuchar: Cuando el cúmulo de pensamientos agreden por su cantidad e intensidad, cuando comienzo a perder el centro y me encuentro en la orilla de un abismo al que es muy tentador lanzarse, hay una vocecita suave que me fuerza a prestar oído atento a lo que necesito recuperar, el control y la serenidad.

Eterna: Mi alma. Duración ilimitada, hasta que mi cuerpo físico se agote.

Ética: Esquema y principios con los que intento ser objetiva y escapar de moralismos y sentimentalismos. Palabrita que me aleja de las personas, pero siento me acerca a lo verdadero.

Espejo: Objeto empotrado sobre un lavabo. Me observo en mis rechazos y aceptaciones. Adornado con una serie de coloridos post tips que me recuerdan la lucha, que me invitan a la paciencia conmigo misma. A veces sonrío y el espejo captura mi alegría momentánea. A veces rehúyo de su reflejo. Luego recuerdo que soy valiente y me veo.

F

Fear: Fuerza de empuje que a veces no comprendo. Que me plantea disyuntivas

Freedom: Responsabilidad y alivio.

G

Guitarra: Objeto abandonado de tres sílabas y múltiples sonidos. Tarea pendiente. ¿Por qué? Porque sus sonidos suaves acompañan mis deseos de canto y de poesía. Porque fue mi compañera en mi primer episodio depresivo intenso. Porque en un tiempo yo era capaz de tocar mis canciones favoritas de The Beatles y Yellow Ledbetter de Pearl Jam, y sé que puedo volver a hacerlo.

H

Hermosa: Yo, otra vez.

I

Índigo: El color de mis pensamientos.

O

Ojeras: Cuencas que hasta hace poco tiempo rechazaba por dejar de escucharme a mí y dar espacio a opiniones y murmuraciones. Especie de cicatriz porque representan la lucha interna que me ha sometido a la decisión de tirarme a un abismo o enfrentar la existencia con todas sus circunstancias y todas sus consecuencias. También representan el trabajo por un sueño. Recordatorio de que debo de mejorar mi organización. Las reconozco y las amo.

P

Pi: El número donde se encuentra el todo. Mi nombre, mi dirección, mi poesía. Toda mi información.

R

Revancha: Oportunidad de desquite conmigo misma. Plan de demostrarme que si me enfoco en lo que necesito resolver y peleo por ello, quizás no gane pero, si no se intenta, seguramente se pierde.

Root: El día cero. Conexión a mi fuente de poder. Mi corazón. Mi espíritu solitario. Cuando reconozco mis fortalezas y debilidades, y de ahí comienzo de nuevo a trabajar. Es en enlace entre lo exacto y lo disperso. Origen.

S

Superdotada: Característica de Melinita que le costó aceptar. Décadas de lucha. Sentirse distinto todo el tiempo, no por elección propia, en tantas ocasiones. Y la frustración de no comprender por qué la gente puede interpretar un color de cabello, una estatura, una complexión, como características de un individuo. Pero no un cerebro distinto. Como si fuera sencillo convivir con el rechazo del mundo. Sin embargo, una vez que aceptas esa característica de ti, la abrazas, porque te

permite comprender y agradecer todas las herramientas que posees para interpretar este universo.

T

Transmutación: Lo que ocurre cuando siento que me desmorono por fuera y por dentro. Y entonces hay un proceso de transformación de la rabia y el abandono, una conversión a verso. Y me hago menos daño. Y lucho contra el hambre del buey. O la explico.

V

Verdad: Algo que creo sólo Dios conoce. Lo demás son interpretaciones nuestras, concesiones de nuestra memoria, la realidad considero es una descripción de nuestros sentidos.

Y

Ya: Este momento, hoy, palabra de acción que me obliga a no posponer decisiones, trabajos, tareas, y anhelos de recuperación.

Melina: Eterna noche lluviosa melancólicamente hermosa. Descripción que agradezco porque me gusta lo que dice de mí. No es mía, es cortesía de un amor que sólo existe como un regalo del pasado.

Palabrería pendiente de definición pero igualmente importantes y necesarias:

L

La-niña-adulta

(You) Learn

Libertad

Limbo

Lluviosa

M

Matemáticas

Melancólicamente

Melina (de los 4 a los 11 años)

Melina (a los 35 años).

Música

N

Negro

Noche

Nostalgia

Constelación Escorpio –Escorpio, que es igual a Escorpio al cuadrado.

Me gusta ver las estrellas. Desde que lo recuerdo. O más bien, ahora que lo recuerdo. Es triste y a la vez motivante traer al presente algo que te provocaba tanta alegría: el misterio en la inmensidad del cielo.

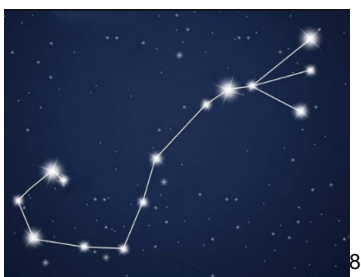
Hacía tiempo que no lo hacía. Y en esta época de lluvias, las nubes cargadas impiden que vea más allá que su presencia de nostalgia. Pero sé que están ahí todas las agrupaciones mágicas. Son como dibujos de los ángeles. Yo creo que así es. Y si de día uno es capaz de encontrarle forma a las nubes, como una manera de combatir la monotonía del cielo azul, la noche te da la oportunidad de lo mismo con la formación de los sueños lejanos que quizás estén muertos, pero siguen brillando.

Y está la interpretación de los sentidos, muy descartiana. Entonces decido crear, innovar, rehacer en un dibujo personal, esas aparentemente azarosas apariciones. Como las tripas del gato. Uno con uno, dos con dos, tres con tres... Tres... O mejor 3.14159..., pi, mi número favorito.

Pero hay un conceso astronómico. Hay formaciones reconocidas como constantes. Y la estabilidad es necesaria, es regalo.

Soy mujer de ciencia y de misterio. Creo en las probabilidades, en las tendencias y en los extremos de la gaussiana, donde ocurren los milagros, donde está el hecho que sobrevive cuando todo juega en su contra. Creo en el todo. Antes era un desafío defender esa idea. La del misticismo de la astrología y la certeza de la astronomía. Es un dolor de cabeza para los científicos “racionales”, cuando las mismas leyes de la probabilidad te indican que siempre habrá incertidumbre. De ahí que me gusta creer en los consensos “no-científicos” que describen en las constelaciones particularidades que pueden describirte de acuerdo a tu fecha de nacimiento.

Escorpio, el cuarto de naturaleza negativa y el tercero de cualidad fija. Simboliza la destrucción y el renacimiento⁷. Entonces entra la racionalización: creer en lo que me sirve de momento. Así que interpreto lo siguiente: de vez en cuando me gusta creer en el destino, como ahorita. Como una tendencia. Y cuando desprecio esa tendencia, aparece la fe en las quimeras. Y peleo con la tendencia y siento que estoy ante la presencia de un sueño que puedo tocar, oler, sentir, saborear, escuchar. Pero todo está en la foto, en el panorama, en lo que quizás Dios conozca. Y sonrío, porque entonces soy capaz también de ver esa foto por un momento.



En el centro de la foto está la paz, y alcanzarla es mi supergigante. Es una misión personal. Creo en la reencarnación en esta vida. He asistido tantas veces a mis propios funerales. Me veo desde arriba, como un narrador omnipresente. De aquí que declaro como mi propósito principal alcanzar a Antares, la estrella más brillante. Estoy cansada. Estoy agotada. El escritor de mi historia puso varias estrellas alrededor de Antares. Y siento que los espectadores de mi existencia se han enfocado en los ganchos, en la ponzoña. Me aferro a mis talentos y me defiendo cuando es necesario. Y digo: no debería de andar defendiéndome porque la gente no debería estar atacando. ¿Paranoia? No. Soy una mujer en conquista de su paz a través de su libertad, de su albedrío, de buscar la realización en lo ético (desde la filosofía). Esa conquista implica la elección meditada de no permanecer en relaciones que me cohíban, ya lo he dicho. He decidido no tener hijos, he decidido trazar en mi piel imágenes que me

⁷ [https://es.wikipedia.org/wiki/Escorpio_\(astrolog%C3%ADa\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Escorpio_(astrolog%C3%ADa))

⁸ <https://www.comprarunaestrella.com/escorpio/>

representan. Y bueno. Esas cosas no le hicieron daño a nadie. Pero incomodan. Mi misión creo que es esa: encontrar la paz y sostenerla la mayor parte del tiempo, porque también entiendo la necesidad de los terremotos.

Los movimientos telúricos, entonces, remueven mis entrañas; el helio y el hidrógeno entonces flotan. Y refuerzan las tenazas, las pinzas. Ahí está la escritura. Escribo, escribo, escribo y escribo. Descanso para volver a escribir. Por ello, de las dos tenazas, una es poesía pura. En la otra están los cuentos, la dramaturgia, el ensayo. La vida es un ensayo con mis referencias y mis autorreferencias. Me repito en mí misma, y eso pudiera ser la experiencia, aunque lo hago por reescribirme. Lo necesito.

Y también necesito a Shahula, el teatro. Como espectadora o como actriz. Necesito observarme a la mitad de un recinto vacío para reconocermme, para mostrar lo que soy y lo que no soy. O lo que quiero ser. Entonces, otra tarea pendiente, otra misión, es esa: entender el ser, un fluido incontenible que se desplaza libremente por todos los escenarios de la vida. Ser la otra⁹, siendo yo.

Finalmente el aguijón. La descarga que trasmuta, la acción en defensa de mis conquistas personales, sobre todo cuando es inevitable. No es como el de una abeja, que pincha y muere en el proceso. Ese no es mi tipo de renacimiento. Yo decido renacer cuando destruyo antiguas creencias o recetas que me fueron útiles en un momento, cuando quiero trascender. Pero no delego ese poder a nadie más, porque yo soy quien padece las consecuencias. Y es por eso que cuando alguien quiere apropiarse de ese poder, me gusta ir con todos mis recursos, ataco para enfrentar a esos vertebrados que en su infelicidad, pretenden imponerse a la mía. Ataco para conquistar mi pasión, me alimento de ella. La disciplina y la perseverancia son las neurotoxinas. Me gustaría añadirle la paciencia. Otra conquista pendiente.

⁹ Soy la otra, obra de Tomás Urtusástegui.

Es hora de partir, de retirarme a la cueva. He tomado el tiempo suficiente para recordar mis estrellas presentes, como las de todos, en este precioso universo.

Me siento fuerte.

Me siento escorpio.

Los filtros

Día. Concepción de la existencia. Metáforas que pudieran describir la vida. Vida... no sé qué signifique. Pero es un hecho en la óptica: los conos y bastones en el ojo humano nos permiten ajustar la imagen para poder captar la realidad. ¿Cómo negar, entonces, que la realidad es una construcción de los sentidos?

En cuanto al amor, me siento casi ciega. No sé amar. O no sé hacerlo del modo que quisiera hacerlo: en libertad y en compañía. No como tener un perro, que pareciera un espectador pasivo. Alguien que sea testigo de tus progresos, del reencuentro contigo misma, alguien que vea en los contrastes magia, que no se espante de ello. Alguien que te elija continuamente. Un instante eterno. Una acumulación de presentes que tal vez se conviertan en el futuro. Alguien a quien también puedas ver crecer. En reciprocidad. Y creo que no. En retrospectiva, no lo he vivido hasta el momento, pero repito: por probabilidad debe de existir.

Tal vez por todo eso, existen los filtros, los mecanismos con los que, bueno, resaltas la parte colorida de la realidad y evades la parte que... ¡Dios, las lágrimas otra vez! Entonces la imagen del amor se vuelve una fotografía borrosa.

El amor es una apuesta. Y tal vez en ocasiones me aburro de los números y las letras y decido participar en el juego. O quizás esos números y letras son evasiones. Y ninguno de los dos escenarios es “correcto” o “incorrecto”, porque todo es cuestión de instantes y de proyecciones internas. La ética y moral del momento. Y creo que siempre ganas algo y siempre pierdes algo. Pero el triunfo está en el riesgo.

Cuando era niña, había un juego que consistía en definir la edad a la que te “ibas a casar”, y con base a ella, definir si serías rica, pobre, millonaria, vagabunda; el tipo de casa en la que vivirías; el número de hijos que tendrías; y etcétera. Un etcétera que no recuerdo que incluyera mis sueños de escritura o de

ciencia. Yo elegía el número 25. Y era feliz cuando “el azar” me permitía creer que me casaría a los 25 y que sería millonaria con tres hijos...

En fin. Tendría 16 años, casi 17, cuando al mirar por una ventana, mi profesor de Bachilleres, el de historia local, me dijo: “usted es la eterna enamorada”. El enamoramiento es la droga más comfortable quizás. Y genera adicción. Las pupilas se dilatan ante la idea del amante que piensa en ti, que quisiera buscarte y no soltarte, que anhela una eternidad a tu lado. Ese profesor lo intuía desde ese entonces. Conuerdo, ahora, más de 17 años después. Y esa es la imagen que sostengo, sin filtros.

Porque los contrastes con los que me he mirado, son un espejo roto. Son aspectos que me desagradan en medida. Son cosas que sé que existen en mí, sobre las que quisiera mejorar, pero siento que no se me ha permitido.

Están los celos, el sentirme insuficiente, no merecer la verdad. Ver con sospecha cuando mi amante exalta la belleza ajena, que olvida la mía. Ese “amor” como escenario para que yo exprese lo más bajo de mí. El desprecio a mi cuerpo. El hambre de buey.

Está la competencia. El aceptar relegarme a un segundo plano, para que mi opuesto masculino resplandezca. ¿Qué se supone que debía hacer? Decidir dejar de brillar para no opacar al otro. Yo lo viví. Debes de tener el destello suficiente, sí, como el cliché del trofeo para representar el triunfo del otro, la obtención de la mujer que destaca. Y estar en el pedestal, cubriéndote poco a poco de polvo.

Está el desprecio de las cosas que te gustan. Un corazón pop e infantil. Así late mi corazón, con beats lentos y románticos, con ritmos simples. Porque no siempre necesito la sinfonía o el rock progresivo. A VECES necesito la coreografía de los Backstreet Boys y sus juegos de voces. PERO SIEMPRE necesito generar nuevas metas. Una insaciable. Pero bueno, otra vez... decides suspender tus

sueños de estancias en Irlanda, porque tu compañero se siente incómodo con tus aspiraciones. Y te tratas de convencer de que “no importa”, porque puedes plantarte otros sueños en donde quepan ambos. Y la verdad es que sí importaba...

Está la cárcel, el sitio donde tienes ciertos horarios de diversión, ciertos horarios de sueño, ciertos horarios de comida. Y tus rutinas se pierden, para crear otras que satisfagan a la otra parte. Y te convences que tu jaula es preciosa, porque hay otras cosas que sí puedes ser ahí, como una artista. Incluso hay un espacio para tus libros y tus cuadernos.

Y entonces, desapareces, te pierdes en un paisaje de pinos. Es como dejar de existir.

Ya no hay poesía. No escribes ni de cosas tristes ni de cosas felices (por cierto, casi no sé cómo hacerlo, pero a veces lo hago, mas la poesía feliz no se me da de manera natural). No escribes de nada, porque lo olvidas. Es muy demandante ser lista, bonita, ama de casa, y portarte bien. Todos felices, menos tú.

Hasta que decides cambiar. Mandar a la chingada. Modular la luz. El ojo busca ajustarse. El ojo es un mecanismo perfecto. Reaprende, aunque le cueste trabajo. Empiezas a jugar con los filtros y la imagen que ves duele, pero empieza a gustarte más. Juegas con las intensidades.

Regreso. Comienza mi retorno a mí misma. Hablaré de estas cosas en primera persona. Creo que necesito un pájaro filósofo, si es que necesitara algo. No quiero necesitar algo, pero tal vez sea un mandato tan interno que está en el ADN y no sé cómo modificar. Entonces un pájaro filósofo es mi ideal de contraste. Alguien que emigre todo el tiempo, pero que sepa que en mis brazos hay un hogar.

Me cuesta entenderme. Es un trabajo en proceso eterno.

Pero me elijo. Y recuerdo el 97% de mis momentos, donde no necesito contrastes, porque logro verme en todo mi panorama. Mis reglas, mis decisiones, mis consecuencias. Y brillo. Mi 97% de paz y libertad.

Y el otro 3% insufrible, impertinente y fastidioso. Pero ya no quiero ceder. No me conformo. ¿Qué pasa cuando no te conformas? ¿Qué pasa cuando SABES, porque te ha costado, SABES que mereces más? La soledad y el juicio externo, el que te sigue exigiendo el contraste de “la otra mitad”. Y aún así, aún cuando ese juicio provenga de entidades que amas, decido seguir mi camino, porque sé, ahora sé, que estoy dispuesta a dar lo mismo.

Pero uno está realmente solo cuando no estás conforme con tu compañía. Y ahorita estoy conforme, estoy más cerca del 98% que del 97%. Soy una imagen casi entera. Y quizás un día alguien me tome así. Y entonces yo cerraré los ojos, sonreiré y capturaré en mi mente a la otra persona también así, en su trabajada libertad.

Por el momento, todo lo que caiga en los contrastes dolorosos, todo eso, son negativos que expongo a la luz para borrarlos.

El perfume de mi ofrenda.

La vida es un regalo. La vida es oportunidad. La vida es: responsabilidad. Una responsabilidad no pedida.

Es extraño. He tratado de recorrer este universo de magia entre las sombras. He intentado transitar como el viento, sin sombra, mantener un bajo perfil. Y lo que he hecho, no sé si está “bien hecho” para los demás. Yo siento que ESTÁ hecho con harta pasión.

A veces siento que todos buscamos definirnos como “diferentes”, marcar nuestra huella, asumirnos como entidades divergentes en una realidad alineada. Resaltar el ego que nos separa, y no el que nos une. Así que lo que diré de mí, a continuación, quizá quepa en esa idea: cuando era pequeña, las cosas que hacía las hacía desde una conciencia natural de ejecutar, un deseo genuino de ejecutar y no de obedecer ciegamente. Hacer desde la conciencia de lo que quiero y no de lo que se espera. Y bueno, eso creo que me salía muy bien hasta que... empezaron a llegar los reconocimientos.

Entonces caí en desgracia. Porque comencé a hacer desde la perspectiva de un ojo ajeno que te exige. Y entiendo, somos ciudadanos. Se supone, quizás, que uno de los propósitos de la existencia es aportar “algo” en la sociedad, ser un activo útil, perseguir desde la particularidad un propósito que aporte a lo general. Y creo que creo, de este modo, que, bueno, ya que estamos “existiendo”, al menos hacerlo desde lo útil. Que el oxígeno que se consume valga.

“Está bien”, me digo Y le decía a este mundo: ¿qué esperas de mí? Pero no una pregunta sumisa. Más bien, una pregunta retórica llena de furia. Porque por años mi ofrenda era una descripción impropia que más o menos decía así: eres una persona “buena”, que siempre ayuda a los demás, eres un ser de “excelencia” que siempre está con los mejores, eres un ser “alegre” que siempre mantiene la

sonrisa que inspira a los demás. “Has logrado tanto”, se me decía, “que cualquiera envidiaría todos tus logros”. “Sí, lo entiendo...”, les decía, “pero la envidia es un lo-que-sea muy perezoso, si se va a hacer algo, hay que darlo todo, es lo que se supone que se debe de hacer...”

En fin. Cuando llegaron las primeras depresiones, las primeras crisis existenciales, los primeros grandes fracasos, mmmh, fue como si dejara de existir. Porque yo no podía ser entonces una flor que se marchitaba en invierno. Nadie veía la raíz, nadie veía la necesidad de sentir toda mi gama de emociones. Y advierto, todo lo siento con la misma intensidad, desde la alegría más brillante hasta la tristeza más oscura. ¿Qué aprendí? Que la alegría también puede ser oscura porque es alegría que no te pertenece, era una máscara, un personaje. Y que la tristeza también puede ser brillante, porque inspiró algunos de mis versos más genuinos.

Por todo esto, por esta cicatriz que honro y estas arrugas en las comisuras de mis labios concluyo en esta temporalidad: mi ofrenda es la valentía de reivindicar todas las definiciones que describen nuestro sentir. Creo de verdad que todo es momentáneo, la vida es un resumen de instantes. Y estancarse es una palabra que sé que existe pero que busco no ejecutar. Creo que la alegría de un minuto nos enseña algo, y el desgarrar al minuto siguiente, también. Creo en los momentos de lucha y en los de descanso. Creo que en el derecho de aprender de toda esa paleta de colores, en la libertad de los espacios, en el pintar fuera de la raya, claro, buscando que las consecuencias de esas decisiones impacten lo menos posible a los demás, sobre todo a los que queremos.

Creo en la libertad. Creo en mi aroma añejo y en mi aroma renovado. Entonces mi ofrenda es la valentía. Pero esta ofrenda no fue un propósito, sino una consecuencia de asumirme como persona en toda mi mortalidad y en la creencia de que soy un alma de paso.

Mundo: te dejo mi lucha diaria, la deconstrucción de mí misma, mi reconstrucción. Esto se proyecta en poemas, se proyecta en historias, en fotografías donde exploro mi expresividad, mi búsqueda de transmitir. Mundo, te dejo en mi arte mi descripción de ti, el cómo concibo las cosas, versos que han tocado a todo aquel que tiene corazón. Conecto un poco, mundo, conecto un poco contigo. En mi paso por el magisterio comprendí que la mejor manera de aprender es enseñando. Y vaya que aprendí. Y me gusta creer que en alguno de mis estudiantes comuniqué, con el ejemplo, el valor de la perseverancia. Y sí, soy perseverante.

Yo soy Melina Loya, y estoy destinada a cosas grandes. Como todos. Pero es cierto, mi fragancia es libre. Me ha costado ser genuina. Adiós amistades, adiós amores. ¿Perdón por sentirlo todo? No. No pediré disculpas por darme permiso a sentir. Todos somos flores en este jardín místico. Mi aroma es el de una lila que aboga por la libertad del ser.

Y al final de cuentas, lo acepto: sí, la vida sí es un regalo. La vida sí es una oportunidad. La vida sí es una responsabilidad. Y hago lo mejor que puedo con este regalo no pedido.

Divagaciones platónicas para corazones plutónicos.

PERSONAJES:

Narrador.

Familia que no es familia (pero no quedaba de otra, por genealogía).

Familia que sí es familia (y que aun así, lastima).

Moralistas, hombres necios y mujeres engañosas.

Poetas y dramaturgos.

La ansiedad que miente.

Osiris. Dios mujer que vuelve.

PARTE 1. Acusaciones de los muertos.

Narrador: Osiris no es un ser víctima, pero se encontró desde su nacimiento a la mitad de curiosas circunstancias. En una familia tradicional. Padre y madre como estrellas guía. Hermano mayor y hermano mayor como estrellas de compañía. Osiris era una enana blanca peculiar, como todos los seres que son lanzados al mundo sin una petición formal. A Osiris le gustan las estrellas por lo que representan, no por su definición astronómica, física, exacta... también bella. Aterrizca su alma en el seno de una familia no familia judeo-cristiana. ¿Qué hubiera sido de Osiris sin su madre, la mujer Atlas? Y no, en este momento la coherencia de la mitología es innecesaria. Son metáforas, son símiles, son representaciones útiles en estas divagaciones nocturnas.

Familia-que-no-es-familia: Eres mala. Tus premoniciones son insultos a Dios. Tu intuición es un espejismo. Eres mala porque esos dones no son divinos. Tus habilidades numéricas son una quimera, tu don de letras es una ficción. Eres mala. Los cristianos no bailan. Los cristianos no cantan. Los cristianos no usan pantalones cortos (short me pareció una palabra muy pobre, pero es la que es, en realidad). Sólo los elegidos, que somos nosotras, podemos hablar en lenguas,

podemos sanar personas. Tú tienes una maldición en tus venas. Tu madre te padeció desde el vientre. Debes de sanar. Debes permitirnos sanarte. Debes...

Narrador: Osiris era una niña sabia, se alejó las veces que pudo. A veces no podía. La-familia-que-no-es- familia se puede atravesar en tu camino como una bruja que el viento coloca ante ti, un poco azarosamente. Pero la-familia-que-sí-es-familia casi siempre era inevitable.

Familia-que-sí-es-familia: Eres mala porque eres puta. Y eres puta por usar una blusa de marinera en lugar de una blusa formal. ¿Qué imagen es esa para una niña de once años? No eres más lista que yo. Tienes miedo. Estás loca. Eres mala, entonces, porque estás loca. ¿Cuál acoso? Nadie te hace en el mundo. Nadie. Lo tuyo es paranoia. No defiendas a tu madre. Otra puta. ¿Por qué no haces amigos? Necesitas hacer amigos. La gente desprecia a la gente solitaria.

Narrador: Osiris se perdía en un mapa saturado de ubicaciones.

Moralistas, hombres necios y mujeres engañosas: Eres mala por tener sueños. Tu sueño es pertenecerle a un hombre. Amarlo y respetarlo en la salud y la enfermedad. Eres mala por pensar para ti. Tú y tu egoísmo. ¿Cómo te atreves a tener ideas? Puedes brillar, pero sólo poquito. Nada te hace especial. El futbol es un juego de enajenados. Haces drama, puros dramas. Entonces, eres mala porque haces dramas. No llores, que nadie conozca tus debilidades. No llores, porque nadie te cree. La víctima, siempre te haces la víctima. Exageras tus sentimientos. La vida sigue contigo y sin ti. El mundo sigue dando vueltas. Gira. Los ingenieros industriales son unos estúpidos. Yo soy mejor que tú en matemáticas. Yo soy más linda. Ya párale con los tatuajes, tu cuerpo es un templo de Dios. Eres una mujer divorciada, casi en los cuarenta, deberías de agradecer que te volteen a ver, que quieran hacer uso de tu cuerpo, el cual ya es reciclado. Ni que estuvieras tan buena. Eres mala cuidando niños, a los niños se les toma de esta manera, para que no se balancee la cabeza, así, así es como se hace.

Poetas y dramaturgos. No eres mala, pero no eres diferente. Tu poesía no aporta nada nuevo. ¿Para qué intentas todos los géneros? No es tu fuerte. Tus acomodados dispersos, tus versos tan coloquiales. No trascenderán. No tienen ese valor. Es la voz de tu generación, una voz trillada y queda.

PARTE 2. Retórica llena de enfado, frustración y anhelo.

La ansiedad que miente: Es que no comprendo. Me percibo diferente, no querida, no acompañada, sola. No quiero ser diferente, quiero ser como todos ustedes. Quiero que me quieran. Me gustaría, no sé, sentirme aceptada. Sé que no lo soy. Hay algo en mí. Algo en mis maneras. Algo que no sé qué es. Varias terapias. Lo he intentado. Lo intento. A menudo la noche me sorprende en introspecciones. ¿Qué es el ego? ¿Qué es la construcción del ser? Esa blusa de marinero era una blusa “decente”, no comprendo, repito, no me estaba exhibiendo. ¿Qué es exhibirse? Mi cuerpo sólo es un cuerpo, a veces cuido, a veces no. Pero mi alma, ¿qué es el alma? Eso es lo importante. Dicen que pesa 21 gramos. No lo sé, pero mi alma, la quiero llenar de reflexiones románticas, materialistas, existencialistas, nihilistas, la quiero llenar de filosofía. ¿Es inútil? Todo es inútil. Porque siempre está un fantasma de doctrina. Es difícil. Yo sé que la gente ve mi cuerpo, yo sé que la gente no ve mi alma. Y están todos esos que pretenden ver mi alma para llegar a mi cuerpo. Hasta el más noble. Y entonces comienzo a erigir protecciones, una barda y cocodrilos alrededor. Ahora soy más mala por defenderme. Ahora estoy más sola que antes. Cada decisión está bajo una lupa. El ataque recrudece. Insisto. No quisiera sentirme especial por tener el valor de defenderme. Quisiera que alguien pudiera ver que dentro de mi castillo hay trovadores que dan las buenas nuevas de un techo que me protege, de un plano lleno de comida. Disfruto la comida, valga la redundancia. Hay versos de Neruda y Benedetti en esos caminos empedrados. Hay dragones que cantan de Portishead, pero por dentro están canciones cargadas de ilusión de Fernando Delgadillo. Creo en el amor bonito y en el amor libre. Creo en el enamoramiento. Y si no es en esta vida, tal

vez en la siguiente, pero... bueno, la fortaleza es un filtro porque no quiero aceptar menos. ¿Es tan malo eso? ¿Por qué?

PARTE 3. Autodefensa y reconciliación.

Osiris: El cliché de las resurrecciones... es un cliché, pero funciona y es necesario. Estoy resucitando. Volviendo a casa. Volviendo a mí. Y eso traerá sus nuevos retos. Acepto la parte de la sensibilidad, mis extremos, es natural el mareo de alguien que todo lo vive intensamente. Sólo que ahora decido ir poniendo algunos escalones extra entre el fondo del pozo y el pico de la montaña. Escucho vibraciones de paz. El exterior a veces es una proyección de mi alma, por lo que es pertinente hablar en este momento, del alma.: en ella está la posibilidad del equilibrio y del caos. Y necesito ambos, en su temporalidad. Y aquí comprendo lo sublime de su movimiento. Conmueve y motiva, cauteriza y detiene. Yo soy el jinete de mis dos caballos. El control yo lo tengo, es la razón. Medito para que ambos permanezcan equidistantes. Los necesito a ambos para seguir avanzando. Quizá sí sea mala pero no de la manera en que se me ha dicho. Y tal vez los demás no son malos como monstruos de inframundo que a veces me persiguen en pesadillas. Son mis maestros, de cosas a las que me encantaría trascender. Lo sé. Sé que hay una moralidad, hay un entorno social, plagadísimo de religión y, por ende, de dogma y prejuicio, que en su momento funcionaron para algo, aunque no lo entienda. Pero bueno, entonces, el mal es una posibilidad, como el bien. Acepto la existencia de ambos. La filosofía me alivia. Quisiera profundizar en ella. Creo que es cuestión de niveles de conciencia. Es ignorancia. Creo en el trabajo sobre las virtudes. Búsqueda de introspección constante, un reto de todas las vidas, y un Cronos al que se le ha exigido máxima velocidad y, en apariencia, elimina la posibilidad de dichas introspecciones. Los hombres grises de Momo¹⁰, los ladrones del tiempo. Entonces una niña llena de ilusiones te recuerda que sí es posible el cuidado de los instantes, la inversión de los segundos en lo que amas y en los que amas, donde estoy yo, yo me amo. Conocer el bien es recordar

¹⁰ Michael Ende

la contemplación, que sugiere Hesse. No me puedo ir a una montaña de manera física. Pero puedo ir a mi castillo. Creo en la defensa. Pero creo que mis tinieblas, he aprendido tanto de ellas. Y también creo en mi luz. Y creo que también puedo caer en niveles muy bajos de conciencia. Y eso también duele. No me gusta sentir que lastimo a la gente. El perdón me ayuda a avanzar. La reconciliación de mis caballos. Y seguimos andando, en estas carreteras saturadas de carruajes. Todos intentando ser jinetes, aunque sus caballos anden desbocados. Bueno, esa es su responsabilidad. No por ello dejaré de evitar las colisiones. Tengo mis propios conflictos como gaucho y amazona. Pero vuelvo.

Narrador: Y en este momento Osiris tiene una gran sonrisa. En este momento, todo vuelve a comenzar.

Y gracias a Dios, soy mi propia religión.

Entre los gentiles acordes de una guitarra, mal afinada pero sincera. La voz que calma de Fernando Delgadillo. La imaginación desbordando de mi cabeza, mi cuerpo saturado de cansancio. Mi alegría extraviada. Mi fe en un ejemplar de Nuevo Testamento que NO encuentro.

Y me preguntan de Dios, de entidades trascendentales, de estructuras impuestas...

Bien, ese rasgueo de guitarra tiene más certeza para mí en estos momentos. La fe también se trabaja. Pero ahorita estoy de vacaciones.

No entiendo el afán. Por mi sangre hay un virus de insatisfacción, de contrariedad, de confusión. Escribo: la mujer en la expectativa de un altar polvoso, luego un sol lejano que realmente no desaparece tras la luz expectante en la proximidad de la noche, las horas de la poesía. Llega la luna, guiadora de los rituales paganos y el fuego artificial, la sabiduría de un búho, el misterio de las estrellas. Los rituales de bruja, de hechicería, los senderos anhelados del verso pendiente.

A esa mujer le parece más fascinante la cortina de sombras en las que se envuelve el alma "relegada" a un segundo plano. Y sí, quizás lo que hace falta es experimentar el calvario anhelado y no el calvario impuesto. No quisiera estar en una cruz de madera, con clavos sosteniéndola de las extremidades.

Quizás no le guste el protagonismo. Pero quizás quisiera la oportunidad de experimentarlo, que pudiera elegir. Pero no concibe otro universo donde se le dé otro lugar. Quizás por costumbre, quizás por elección (la evaluación es difícil porque la línea es borrosa). No lo sabe.

¿Ese es el verdadero anhelo? ¿Representar un esquema de creencias? No entiendo. Será mi tendencia a lo agnóstico en el sentido de estructura, no de espiritualidad. Hay tanta magia en la subestimación. Tal vez, repito, es mi incapacidad de reconocer otro tipo de estructuras.

¿Por qué a esa mujer se le ha relegado? ¿Qué papel ha jugado esa misma mujer en la posición que se le brinda?

No lo sé. Pero esta mujer, yo, la que escribe desde su trinchera de auto soledad

(en estos momentos me siento tan sola de mí, a eso me refiero) rechaza cualquier marco que limite sus creencias. Yo creo en el poder de todos, en la bondad en todos, en la maldad en todos. Creo en mi libertad, en la que estoy trabajando. Creo en que en el 97 por ciento de mis decisiones, he asumido y sufrido esas consecuencias.

[Y mientras escribo esto, en mi cliché intelectual (un café costoso con mis guerras internas), pasa un niño rarámuri, descalzo, en pleno uso de sus extremidades, y pareciera que no se está cuestionando los aspectos de la fe o de la espiritualidad, porque la está ejerciendo. Ese niño pide kórima, compartir. Pide de manera apresurada, quizás porque ya no espera nada. Y me pregunto si todas mis cuestiones existenciales y nihilistas son disertaciones desde mis aspiraciones burguesas. Y sí, hay un poco de injusticia en todo esto, tal vez, porque ese niño saldrá de este lugar sin zapatos y quizás con la misma inanición. Entonces, si la idea de divinidad cambiara a un enfoque femenino en este momento (con lo que “sé”, con lo que he vivido...), haría el mismo reclamo: ¿por qué no tenemos todos acceso a lo mismo? Y me seguiría preocupando por los mismos problemas sin solución...]

Huyo de lo que parezca adoctrinamiento. El lenguaje es una entidad cautivadora y compleja. Entonces, si hablo de el adoctrinamiento y la prisión,

concibo ambos: el femenino y el masculino. Es una cuestión de poder. Para mí, para esta mujer de nombre oscuro y dulce, como dije alguna vez.

Y huyo de la confrontación. Porque mi defensa destruye a el prójimo, a la otra persona, retórica necesaria, creo que el lenguaje es lo suficientemente incluyente y reafirmo el punto: no creo que la figura de la mujer como eje principal es un derecho pero para que nos demos cuenta que también nos equivocamos. Ese poder es un anillo que implica mucha responsabilidad, como esa sortija a destruir en el Monte del Destino.

La idea con la que comulgo, en estos momentos de desamparo, es con la del libre albedrío. El libre... La libertad. Insisto, el lenguaje es tan rico... ¡me encanta!

Me gusta la oportunidad de elegir lo que no haga daño y, aunque me equivoque en las elecciones. ¿Y qué es equivocarse? Bueno, es castigar tu cuerpo, herir los sentimientos de alguien más con intención (esto ocurre cuando yo misma me siento lastimada), me gusta provocar una sonrisa, me gusta sonreír. Me gusta elegir hoy seguir intentando, un día más de lucha, un día más de sobriedad de tantas cosas, de medida, de abstinencia.

En resumen: puedo pedirle al nombre de Dios que me gusta, pero al final de cuentas confío en mí, en mi intuición. La intuición, la espiritualidad... ahí ubico mi femenino. En mi espíritu, el espíritu. Una pequeña disculpa, se lee un poco cansado quizá.

Será un poco de narcisismo, pero es el melinismo. No creo que si el nombre de Dios fuera un nombre de mujer impuesto, las cosas serían totalmente diferentes. Tampoco lo imagino. Tal vez se deba de tener la oportunidad. Pero yo no necesito que nadie, hombre, mujer, quimera, me indique el camino. Algo dentro

de mí lo está dictando. Yo tomo esa oportunidad. Tomo lo que mi nivel de conciencia me está dictando (otra vez, la conciencia).

La libertad (suspiro).

La libertad es una idea muy bella.

Purgatorio literario, lugar de recuperación del alma.

He llegado. He navegado por un océano de amargura. He recuperado elementos de redención. Y lo que me ha costado...

He recapitulado ausencias. He recordado fortalezas. He llorado. Llorar no era una de las metas pero sí era un deseo incumplido, una deuda conmigo misma. Llorar ha limpiado un poco la herida, pero queda trabajo por hacer.

Estoy exhausta. Escribir ha sido como llegar al consultorio donde te notifican lo que sospechabas: tienes cáncer existencial. El miedo había alcanzado los huesos, la tristeza se encontraba encapsulada en un recuerdo bloqueado. Eran mis mecanismos de defensa. El rencor había hecho metástasis en mi corazón. Y he muerto. He muerto un poco en la concepción de lo que eras antes, aunque reconozco, siempre habrá un fantasma de mí misma en mi cuerpo embrujado por paroxismos de ignorancia.

Podrá escucharse como un lugar común, como otro cliché. Así empezó todo esto: en la conciencia de un estado de sitios conocidos por todos. Con la seguridad de que ya no quiero estar aquí, en un lugar amargo lleno de venenos e imágenes de desconsuelo.

Estoy en un estado de transición. Y es un estado difícil también. Es dejar el dolor conocido por la incertidumbre de lo que puede ser una felicidad más sostenida. Y necesito abrazarme de mí misma con fuerza, porque también en este viaje he descubierto que soy mi única compañía segura. Cada persona, cada momento, tuvo un propósito particular. Pero soy yo la responsable de mi sanación. Es complejo aceptarlo porque tengo conciencia de mi poder, pero un ligero temor de esa responsabilidad. Pero está bien. El miedo siempre me ha parecido un elemento de fuerza en la ejecución de las soluciones, o sus intentos: hay algo que perder pero también hay algo que ganar.

Me quiero ganar a mí. Quiero estar en paz. Como había dicho, mi felicidad es mi paz.

No he alcanzado mi gloria. Hay oraciones y rezos por mi alma. Mi cuerpo y mi sangre en autosacrificio a través de la palabra. Hay expectativa. Hay probabilidad de éxito. Voy con todo lo que soy por ello. Es mi propia guerra, mi propia lucha. Y quiero hacer todo para ganarla.

Estoy en esa cuerda floja. Por meses esperando a que un viento me llevara a un lado o al otro. En este momento no hay corrientes a quien culpar. La decisión es mía. Es difícil. Hasta hace unos días, tenía una soga alrededor de mis palabras, me encontraba a punto de brincar al vacío y dejar que perecieran.

Mas llega la filosofía y su oferta de emancipación, de independencia. Llega la explicación de la libertad mediante las letras.

Y entiendo. La libertad es una conquista diaria. Soy el arquero y la escritura es la flecha. Y estoy apuntando a la gloria.

Hasta aquí, buenas noches, que descansen. Hasta mañana, espero, porque todo vuelve a comenzar.